

EL NARCISO EN SU OPINIÓN

Guillén de Castro y Bellvís

Texto basado en varios impresos tempranos y modernos de EL NARCISO EN SU OPINIÓN pero principalmente en la *Segunda parte de las comedias de don Guillem de Castro, natural de la ciudad de Valencia* publicada en Valencia por Felipe Mey, en 1625. El texto presentado fue preparado por Vern Williamsen en esta forma electrónica en el año 2000.

Personas que hablan en ella:

- **Don GUTIERRE**
- **TADEO:, lacayo**
- **Don GONZALO**
- **El MARQUÉS**
- **Doña BRIANDA**
- **LUCÍA, criada**
- **Don PEDRO**
- **Dos CRIADOS**
- **Doña MENCÍA**
- **Un PAJE**
- **Doña INÉS**
- **Otro PAJE**
- **Un ESCUDERO**

JORNADA PRIMERA

Salen Don GUTIERRE y TADEO:, lacayo

GUTIERRE: ¿Fue un paje con el recado
a mi hermana?

TADEO: Bien, por Dios,
y a importar que fueran dos,
el otro fuera prestado,
o fuera yo a la visita;
que soy, en talle y en traje,
siendo, entre lacayo y paje,
un criado hermofradita.

GUTIERRE: Entre necio y mentecato
eres más.

TADEO: No es maravilla.
Dame, dame esa ropilla;
¡qué bien me asienta el zapato!

TADEO: Es famoso encubridor
de los juanetes lo romo.
¡Bella usanza!

GUTIERRE: Necio, y ¿cómo?
¿Téngolos yo?

TADEO: No, señor;
 tiéneslos como la palma.
(Y tiene, grandes y tiesos,
en los pies más sobrehuesos
que un mal casado en el alma.)

Aparte

GUTIERRE: De molde vino el jubón,
bien está.

TADEO: Lo mismo digo,
pues te hace hasta el ombligo
la barriga de algodón;
 que vuelva la usanza temo
de aquellos tiempos.

GUTIERRE: Así.

¿No está muy bien?

TADEO: Señor, sí;
pero a ser con el extremo
que algunos, dijera mal
--y no me hubiera engañado--
que el ver un hombre preñado
no es cosa muy natural.

GUTIERRE: Toma el espejo; extremado
está el cuello.

TADEO: Y en ti puesto,
de manera está compuesto,
que más parece criado.

GUTIERRE: Baja más, ponle en el suelo;
bien el calzón acomodo
con la liga.

TADEO: Canta todo.

GUTIERRE: ¡Oh Madrid, tierra del cielo,
y qué bien logrado es
en ti el talle y gentileza
que dio la naturaleza
de la cabeza a los pies!
¿Bien puesto el cabello va?

TADEO: En los cascos. (Así esté **Aparte**
lo que adentro no se ve
como lo que afuera está.)
¿Bueno está el bigote?

TADEO: Bueno,
pero sobrado le cuesta
al que, como tú, se acuesta
como braquillo con freno.

GUTIERRE: Dame esa capa; el sombrero,
¿no es muy a la usanza?

TADEO: Y es
flamante y del portugués.

GUTIERRE: Otra vez mirarme quiero.

TADEO: Gustarás mucho de verte.

GUTIERRE: ¿No ves que cuando me veo
la medida del deseo,
me contenta con mi suerte?

TADEO: (Por los aires anda el seso.) **Aparte**

Sólo tú estás bien con ella.
GUTIERRE: Tengo yo felice estrella.
Recelo algún mal suceso,
 si es verdad lo que se dice
de aquel, ¿cómo se decía,
que dio a la muerte más fría
la vida más infelice;
 pues que se mató bebiendo,
y no menos que agua pura,
perdido por su hermosura
en la fuente.

GUTIERRE: Ya te entiendo--
 Narciso. Dudoso estoy
si esto es verdad.

TADEO: Serlo puede.

GUTIERRE: Por lo que a mí me sucede,
algún crédito le doy.

TADEO: Luego, ¿impulsos has tenido
de Narciso?

GUTIERRE: Y con razón,
pues tengo tanta ocasión;
pero soy más entendido.

TADEO: Guardárate de las fuentes
con cuidado.

GUTIERRE: Al menos dejo
muchas veces el espejo
por huir de inconvenientes.

TADEO: (El hombre está rematado.)

Aparte

Y ¿sabrásme declarar
cómo un hombre puede estar
de sí mismo enamorado,
 y hecho de su fuego abismo,
por sí mismo desvelarse,
descomponerse, abrasarse
y apetecerse a sí mismo?

GUTIERRE: Eso disparate fuera,
pero al mirarme me holgara
si una mujer alcanzara
que en todo me pareciera.

- TADEO: ¿Aunque fuera tan barbada
como tú?
- GUTIERRE: Siendo mujer,
ya se ve cuál ha de ser
la que miro imaginada,
por lo cual dije que dejo,
no admitiendo la esperanza,
de buscar mi semejanza,
al cuidado y el espejo.
Quita y pon.
- TADEO: ¿Hay tal locura?
- GUTIERRE: ¿La cadenilla?
- TADEO: Aquí está.
Ésta sí que llevará
más ojos que tu hermosura.
- GUTIERRE: Sin ella fuera bastante
mi talle: mas dame pena
verme el cuello sin cadena,
y la mano sin diamante.
- TADEO: En eso tienes razón;
que entre el hablar y el sentir,
ese brillar y lucir
grandes llamativos son.
Mas con brindis semejantes,
mira que a dar te condenas
cada día cien cadenas,
cada hora cien diamantes,
o a ser en Madrid tenido
por avaro, pues dispones
otras tantas ocasiones,
que no te dejarán corrido.
- GUTIERRE: No haré tal, pues con tan buenos
gustos, que toman verás
de mí lo que siendo más,
saben que me cuesta menos.
Y así, con bríos ufanos,
de estas prendas los despojos
pienso dar a muchos ojos
y negar a muchas manos.
- TADEO: ¡Oh, qué gentil arrogancia!

Perecerá tu justicia,
que vanidad y avaricia
hacen grande repugnancia.

Sale don GONZALO

GONZALO: Primo, es hora de advertiros
que es tarde; pero, ¿por qué
me maravillo, pues sé
lo que tardáis en vestiros?

Bravo estáis, por vida mía.

GUTIERRE: Quizá recibís engaños.

GONZALO: Cortesano de mil años
parecéis.

GUTIERRE: Soylo en un día;
que esto más puede y allana
de la Corte donde estamos
la grandeza, pues llegamos
anoche, y esta mañana,
casi sin buscarlos, vi
en un punto prevenidos,
sin número, los vestidos,
como hechos para mí,
y compré dos, que me están
a medida del deseo.

GONZALO: Y según eso os veo
de cortesano y galán,
cesará la competencia,
en la Corte, entre mí y vos,
que, aunque tan primos los dos,
teníamos en Valencia.

GUTIERRE: Bien habéis hecho en rendiros
y mudar de pensamiento,
donde hay más conocimiento
de galas.

GONZALO: Gusto de oíros;
mas es soberbia por Dios,
y por ella, aunque no importe,
habéis de ver que en la corte
vuelvo a competer con vos,

pues hice ya prevenciones.
TADEO: ¿Cuáles son? ¿Habláis de veras?
GONZALO: Entre cuatro faltriqueras
repartidos mil doblones.
TADEO: Pese a tal, a eso me ajusto.
GONZALO: Y echando por el atajo,
pienso con menos trabajo
comprar no tan caro el gusto.
GUTIERRE: ¿Y cómo gusto comprado
pensáis que lo puede ser?
TADEO: Es amante mercader.
GONZALO: Debo tenerle estragado;
pero en la corte ver quiero,
de mí a vos, cuál más conquista,
dando galas a la vista,
o a la esperanza dinero;
pero han de ser excusados
entre los dos los enojos,
si en quien vos ponéis los ojos
envío yo los recados.
GUTIERRE: Sea así, y un desengaño
veréis presto en mi verdad.
TADEO: Yo ayudo con la mitad,
si apostáis. ¡Gracioso engaño!
Vencerá la parte tuya,
aunque él sea un Cicerón,
y un Narciso en la opinión
de todos, como en la suya.
¡Qué confianza tan loca!
¡Qué locura tan notable!
En Madrid oro y potable
desde la mano a la boca,
los estados califica,
los corazones granjea,
los ánimos lisonjea
y las sangres purifica.
Es de las damas espejo,
triacca de la malicia,
tirano de la justicia,
consejero del consejo.

Es ídolo de las gentes,
alivio de los afanes,
oprobio de los galanes,
cuchillo de los valientes,
vergüenza de los discretos
injuria de los honrados,
suspensión de los cuidados
y causa de los efectos.

Es refulgente, es hermoso,
es hidalgo, es bien nacido,
es pujante, es atrevido,
es valiente, es poderoso,
es piadoso y es crüel;
y ya afable o ya importuno,
del Rey abajo ninguno
es tan bueno como él;
pero tú, pues te acomodas,
rendirás más corazones
con el son de dos doblones
que no él con sus galas todas.

GUTIERRE: Calla, necio, que infinito
me enfadas; ello dirá.

GONZALO: Y yo también, bueno está,
a las obras lo remito.

GUTIERRE: ¿Ha sabido que llegamos
nuestro tío?

GONZALO: Está enojado
de no habernos apeado
en su casa.

GUTIERRE: Pues digamos
que el llegar llenos de lodo
y tarde, la causa fue;
a mi hermana le envié
un paje.

GONZALO: (Y mi alma y todo **Aparte**
la llevo, por quien destierra
todas las penas que pasa.)

GUTIERRE: ¿Si habrá ya vuelto a su casa,
de su consejo de guerra,
nuestro tío?

TADEO: Explorador
iré a ser, y mientras llego,
GUTIERRE: Ve luego.
TADEO: Y buen ánimo, señor;
que en la competencia espero
que has de probar como un Cid.
GUTIERRE: A las damas de Madrid
daré amor.
GONZALO: Y yo dinero.

***Vanse. Salen doña BRIANDO y LUCÍA por
una puerta, y por otra el MARQUÉS***

BRIANDA: Mira por esa ventana
si viene.
LUCÍA: Está sin recelo.
MARQUÉS: Sal del mundo, sol del cielo,
bien divino en forma humana.
BRIANDA: Aunque tuya, marqués mío,
la misma desdicha soy.
MARQUÉS: ¿Por qué, mi bien?
BRIANDA: Muerta estoy,
sin fuerza en el albedrío,
sin paciencia en el despecho,
sin valor en los agravios;
sin palabras en los labios,
sólo amor tengo en el pecho.
Mis dos primos han llegado,
y de mi padre el intento
ya lo sabes.
MARQUÉS: Ya me siento
en ese fuego abrasado;
ya estoy con ansia encogida
en ese rigor perdido,
sin seso para el sentido,
sin alma para la vida,
sin fuerza para el dolor,
de todo remedio ausente,
pues como tú solamente
en el pecho tengo amor.

¿Puede ser que me destruya
tu cruel padre, pues desvía
el llegar la mano mía
a ser lazo de la tuya?

Fuera de no estar cubierto
delante el rey, ¿ha llegado
ninguno a tener estado
ni más rico ni más cierto?

¿No hubiera yo merecido,
siendo tuyo, el ser tu esposo,
si naciera tan dichoso,
como nací bien nacido?

Pues, ¿por qué abate mi amor?
¿Por qué me tiene en tan poco?

BRIANDA: No hace tal, que no está loco;
antes recela, señor,

viendo la grandeza tuya,
que en tu casa, en tu poder
fuera cierto escurecer
los blasones de la suya;

y así, quiere darme a un hombre
que tenga estado menor,
en quien conserve mejor
su mayorazgo y su nombre.

En esto sólo fundó
el matarme con dejarte.

MARQUÉS: ¿Esposo al fin quiere darte
que valga menos que yo?

En eso, mi bien, verás
lo que desdichado he sido,
pues a mí sólo han tenido
en menos por valer más.

BRIANDA: Muerta en mi desdicha estoy;
pero ten seguridad
que, aunque muera en su crueldad,
seré tuya, pues lo soy;

que cuando en tanta aspereza
no haya remedio mejor,
aunque le sobre rigor,
no ha de faltarme firmeza.

MARQUÉS: Ya con tal ofrecimiento,
no solo, mi cielo hermoso,
no estoy muerto de quejoso,
pero estoylo de contento.

Ya vivo en tu confianza,
pues si mi ventura ve
que no te falta la fe,
será un monte mi esperanza.

BRIANDA: Habla paso.

Sale TADEO

LUCÍA: Atrevimiento
es ése.

TADEO: No hay que dudar.

LUCÍA: ¿Qué quieres hacer?

TADEO: Entrar
hasta el último. aposento.

LUCÍA: ¿Estás loco? ¿Dónde vas?

TADEO: Bien preguntas.

LUCÍA: ¿Qué hacer quieres?

TADEO: Después de entrar.

LUCÍA: Di quién eres.

Di quién eres. ¿Búrlaste?

TADEO: Pregunta más.

LUCÍA: ¿Qué haces?

TADEO: Pregunta.

LUCÍA: Ten;

esto de locura pasa.

TADEO: Soy de casa.

LUCÍA: ¿Y quién de casa?

TADEO: Bien preguntas; oye quién.

Soy lacayo del sobrino
cuyo tío es, por ser suyo,
tan mi amo como tuyo.

Y esta escalera imagino
con bastantes escalones
para subirme y entrar.

LUCÍA: ¿Qué es aquéllo?

TADEO: Hasta el hablar,

me sabe bien a empujones.

LUCÍA: Digo que gastas humor
atrevido y extremado.

TADEO: Díomele para el recado
don Gutierre, mi señor.

BRIANDA: Temo que lacayo sea
de mi primo y de mi daño.

MARQUÉS: Pues, ¿qué haremos?

BRIANDA: No me engaño.
Pesárame que te vea;
no estés con pecho cobarde.

MARQUÉS: ¿Cómo, si te tengo en él?

BRIANDA: Tú disimula con él;
que yo me voy.

MARQUÉS: Dios te guarde.

Vase doña BRIANDA

TADEO: Ya estás menos ofendida
y enojada.

LUCÍA: Es cierta cosa,
pues que me llamaste hermosa.

TADEO: Fue palabra muy sentida.

LUCÍA: Fueron las satisfacciones
muy bastantes.

TADEO: Yo me holgara
si, como tu buena cara,
tuvieran buenas razones.

LUCÍA: ¿Quién es este caballero?
Un marqués que está esperando
a don Pedro, mi señor.

TADEO: Cansaráse de esperarlo;
que el esperar es morir.

MARQUÉS: No me enojo, aunque me canso;
pero decidle, señora,
que yo no pequeño rato
le esperé para decirle
que favorezca un soldado,

LUCÍA: a quien debo obligaciones,
y que volveré de espacio.
Serviré a vueseñoría.

Vase LUCÍA

TADEO:

Y yo y todo, porque gasto
buen humor y buena prosa.

MARQUÉS: Y aun el donaire no es malo.
¿De dónde sois?

TADEO:

Debo ser
entre español y gabacho;
de Francia a Valencia vine,
y vióme de pocos años
la plaza de la Olivera
atambor y abanderado.

MARQUÉS: ¡Buenos cargos!, ¿y os llamáis?

TADEO: Tadeo, el primer lacayo
de mi nombre.

MARQUÉS: Así lo creo;
y ¿servís?

TADEO: Sigue mis pasos
don Gutierre, mi señor,
caballero valenciano.

MARQUÉS: ¿Es principal caballero?

TADEO: Así tuviera los cascos
como los abuelos tuvo.

MARQUÉS: ¿Murmuráis de vuestro amo?

TADEO: Así el hacerlo me toca
para parecer criado.

MARQUÉS: ¿Es rico?

TADEO: Pudiera serlo,
que es varón calificado;
señor es de seis aldeas,
pero con empeños tantos,
que los vasallos se come,
crudos, cocidos y asados.

MARQUÉS: ¿Es liberal?

TADEO: ¿Liberal?

No vieron ojos humanos
en su casa pasajeros
y en su mesa convidados.

MARQUÉS:

¿Tiene caballos?

TADEO:

No tiene;
pero aunque muera rabiando
de hambre, no dejará
de tener machuelo o macho.
Tiene impulsos de arriero,
cuyas causas le inclinaron
a géneros de animales
transversales y bastardos.
Yo solo le conocí
de poco precio un caballo,
que le sirvió pocos días,
y hubo de venderlo manco;
porque la carga de un necio
es insufrible trabajo.

MARQUÉS:

Pues, ¿en qué gastó su hacienda?

TADEO:

Tiene el humor más extraño
que vieron las tres edades.
(Pienso que me voy picando.)

Aparte

MARQUÉS:

Proseguid, por vida mía;
¿cómo se perdió?

TADEO:

Jugando
a la pelota de viento
partidos disparatados;
y a los trucos, sin saber
tomar en la mesa el taco,
le vi perder muchas veces
a mil y a dos mil ducados;
y fabricando vestidos
en mala luna cortados,
pues fue la de su cabeza,
ya creciendo, ya menguando.
Una vez le vi poner
sobre un vestido de paño
más de seis mil quinientos
botones abellotados.
Y sucedióle después

de ser excesivo el gasto,
ser ridículo el vestido,
y quedar él muy ufano.
Por comprar una carroza
se cargó diez violarios
que a los censos de por vida
ansí en Valencia llamamos
y dos caballos frisones,
con un cochero borracho,
desafiaron los vientos,
y por una puente abajo
dieron con todo al través,
y un portalero mataron
a lanzadas como moro,
y entre puertas, como gato.
Gastó también ciegamente
haciendo caminos largos
por ver solo una mujer,
a quien no tocó una mano,
por dar a entender no más
que era escogido y llamado
de una mujer que en la corte
los príncipes celebraron.
Luego, ¿préciase de lindo?
Aunque gastara mil años
en decir lo que hay en eso,
me sobrarán cuentos largos.
Un Narciso en su opinión
es, tan tierno enamorado
de sí mismo, que a su sombra
suele alargarle los brazos.
Con estas satisfacciones,
muy arrogante y muy falso,
de cuantos ojos le miran,
torcidos o regalados,
piensan que le arrojan fuego,
y que deja enamorados
sus dueños, que por ventura
su locura celebraron;
y entre confusas ideas,

MARQUÉS:

TADEO:

pueden tanto sus engaños,
que cuenta por sucedidos
los gustos imaginados;
así se mira y se goza
más contento que engañado,
pensando que hasta las bestias
se les lleva los cuidados.
Y no es patraña, por Dios.
Escucha un cuento galano.
En Valencia, yendo un día
por una calle, encontramos
una mula de un doctor
a la puerta de un letrado;
la cual volvió la cabeza
a la que los dos pasamos,
mascando freno y espuma,
gruñendo y orejeando;
y él dijo, muy en su seso,
"¡Ah, Tadeo! ¿No has notado?
¡Hasta las mulas, por Dios,
me miran con ojos claros!"

MARQUÉS:

Donoso extremo, a fe mía;
graciosamente has contado
los milagros de su vida.

TADEO:

Quisiera ser un milagro
empleado en tu servicio,
mas cuéntame por tu esclavo.

MARQUÉS:

Amigos hemos de ser;
adiós. (Moriré si falto
sin ver mi gloria al salir.)

Aparte

Vase

TADEO:

Por lo que me has escuchado
beso mil veces tus pies;
que parece que descanso
el cozarón cuando cuento
disparates de mi amo.

Sale LUCÍA

LUCÍA: Apercíbete a pedir
 albricias; que ya se apea
 mi amo.

TADEO: En buen hora sea;
 mas tú volviste a salir
 sólo por volverme a ver.

LUCÍA: A lo menos por oírte
 solemnizarte y servirte.

TADEO: ¡Qué buen gusto de mujer!

LUCÍA: ¿Luego imaginas que estoy
 perdida por tus amores?

TADEO: Repito los borradores
 de mi amo, necio soy.

LUCÍA: De la cabeza a los pies
 eres bellaco.

TADEO: Y por ello
 ya tuyo.

LUCÍA: Veréme en ello,
 adiós.

Vase LUCÍA

TADEO: Juguetona es.

**Sale don PEDRO, y CRIADOS con
él**

CRIADO: Quejábase aquel soldado
 con razón.

PEDRO: Ansí es verdad.
 Provea su majestad
 mi plaza; que estoy cansado
 de ver ya las cosas tales,
 que vienen a ser mejores
 los billetes de señores
 que fees de los generales;
 que, como toda mi vida
 serví en Flandes, en campaña,
 sé lo que luce una hazaña

y lo que cuesta una herida;
y oféndeme el ver tan llano
valer con razón sucinta,
más que la sangre la tinta,
por venir de buena mano.

Con razón estos rigores
apuran muchas paciencias,
y no sé con qué conciencias
los grandes y los señores
les quitan a los soldados
mercedes y honras sin tasa,
para pagar de su casa
los servicios mal pagados.

Disculpados desatinos
dicen los soldados.

TADEO: Voy.

PEDRO: ¿Quién eres?

TADEO: Lacayo soy
común de tus dos sobrinos
que anoche llegaron.

PEDRO: Ya
lo he sabido.

TADEO: Yo busqué
su posada y no la hallé.

PEDRO: Para que yo fuera allá;
del no venirse apear
a esta su casa me quejo.

TADEO: Por no venir en bosquejo
se quisieron retocar;
mas por la falsa entraron
ahora, y ellos darán
su disculpa.

PEDRO: Enmendarán
con su vida lo que erraron.

TADEO: Mas no porque van llegando
perderé en esta ocasión
las albricias.

PEDRO: Ni es razón.

TADEO: Ya las pido.

PEDRO: Yo las mando.

Salen don GUTIERRE y don GONZALO

GUTIERRE: ¿Si habrá ya llegado?

GONZALO: Él es.

PEDRO: ¡Sobrinos!

GUTIERRE: ¡Señor!

GONZALO: ¡Señor!

PEDRO: Hijos dijera mejor.

GUTIERRE: Danos la mano.

GONZALO: Y los pies,
para que así nos perdone
lo que tardamos.

PEDRO: Llegad
el pecho y tomad, tomad
abrazos y bendiciones.
Llama a Brianda y Mencía,
vengan, vengan al momento;
que es muy grande este contento,
y repartirle querría.

Va un CRIADO

¿Cómo venís?

GUTIERRE: Los caminos
nos han tratado muy mal;
con fríos.

PEDRO: ¿Quién dice tal?
En tales años, sobrinos,
cuando se anima la edad
con el juvenil valor,
¿tienen frío, ni calor
los hombres?

GONZALO: Así es verdad;
y mi primo por sí habló,
porque yo no lo sentí.

GUTIERRE: Aunque confieso que sí,
bien pude pasarle yo.

TADEO: (Con el fieltro y mascarilla, **Aparte**
que la tez le conservara,

- porque piensa que es su cara
la flor de la maravilla,
y es un puro cordobán.)
- PEDRO: Galanes venís y buenos;
vos, don Gutierre, a lo menos,
tan del todo estáis galán,
que pueden pensar de vos
que así, calzado y vestido,
de la corte habéis nacido;
galán sois.
- GUTIERRE: Débolo a Dios;
y yo de serlo me precio
con particular cuidado.
- PEDRO: (Si este mozo es confiado **Aparte**
y no es loco, será necio.)
Si así el acero os ponéis,
si así las armas jugáis,
como las galas lleváis,
gran caballero seréis.
- GUTIERRE: También sé blandir la espada
y sabré terciar la pica;
que a cualquiera cosa se aplica
mi persona ejercitada;
bien mis fuerzas acomodo
a todo.
- PEDRO: ¿Así? Dios os guarde.
- GONZALO: No hay valenciano cobarde.
- PEDRO: (En todo el mundo hay de todo.) **Aparte**
- GONZALO: (Ya el humor le ha conocido **Aparte**
mi tío, pues le ha mirado
entre atento y admirado.)
- TADEO: (¡Qué falso está y qué engreído!) **Aparte**

**Salen doña BRIANDO y doña
MENCÍA**

- PEDRO: Brianda, tus primos tienes
ya en tu casa, a verlos llega.
Mencía, tu hermano y primo
logran la esperanza nuestra.

BRIANDA: Sean mis primos bien venidos.
MENCÍA: Tan dichosamente vengan
como alegre los recibo.
GUTIERRE: Señora, a tus pies merezca
tu mano.
BRIANDA: ¡Primo, señor!
GONZALO: ¡Prima!
MENCÍA: ¡Primo!
GONZALO: ¡Ah, quién pudiera
apretar más este abrazo!
MENCÍA: Sirvan los ojos de lengua.
PEDRO: De don Gutierre fue padre,
que Dios en el cielo tenga,
don Alonso, hermano mío,
cuyo mayorazgo hereda.
GONZALO: Participe yo también
de tu mano.
BRIANDA: Bueno fuera
no darte también los brazos.
GUTIERRE: ¿Hermana?
MENCÍA: Hermano, ¿que pueda
abrazarte? Aún no lo creo.
TADEO: (Ya los ojos se le lleva **Aparte**
su prima.
PEDRO: Y de don Gonzalo
fue mi hermana doña Elena
madre y gran hermana mía,
que ya del cielo es estrella.
Sentémonos. ¡Hola, sillas!
Y luego quiero que sepan
mis sobrinos la ocasión
que los trujo de Valencia.

***Siéntanse y todos hablan
aparte***

BRIANDA: Ya comienzan mis temores.
MENCÍA: Ya mis recelos comienzan.
GONZALO: En mi prima tengo el alma.
GUTIERRE: ¡Qué soberana belleza!

BRIANDA: ¡Qué afectado caballero!
GUTIERRE: ¡Qué declarada, qué tierna,
sus ojos puso en los míos
con igual correspondencia!
Ya pica el pece, por Dios.

TADEO: Sin duda mi amo piensa
que ya es suya, y atribuye
lo que es desaire a terneza.

PEDRO: Yo, como sabéis, sobrinos,
aunque mayorazgo era
en la casa de mis padres,
pudieron sacarme de ella,
casi en pueriles años,
sin su gusto y con mi Estrella,
la inclinación de las armas
y el bullicio de la guerra.
Pasé a Flandes, y probé
tan dichosamente en ellas,
que fui añadiendo blasones
a mi heredada nobleza.
Llegué a ser maese de campo
con la misma ligereza
que yo tuve en dilatar
mi opinión y mi experiencia.
Por mi mujer merecí
a una señora flamenca,
tan principal como rica
y tan casta como bella;
pero llevósela el cielo,
habiendo sido en la tierra
tal, que solas sus memorias
hacen mis entrañas tiernas.
Dejóme a solo Brianda;
vine a la corte con ella,
habiendo servido en Flandes
pasan los años de treinta,
por lo cual su Majestad,
así en honras como en rentas,
me hizo grandes mercedes,
aunque mayores promesas,

después de hacerme también
de su consejo de guerra.
Recién llegado a Madrid,
porque sola no estuviera
Brianda, vino Mencía,
por mi gusto, de Valencia,
que ha ya dos años y más
que le acompaña y consuela.
Y ahora, viendo mi edad
tanto a los tiempos sujeta,
que parece que los años
a la muerte lisonjean,
y queriendo disponer
con mi voluntad postrera
de mi alma, de mi hija,
de mi estado y de mi hacienda;
aunque a Brianda me piden
con aplauso y competencia,
en la corte más señores
que su fama tiene lenguas;
temiendo en lo porvenir
que mi nombre se escurezca,
si no entre hazañas mayores,
entre mayores grandezas;
y previniendo también
que en mi patria no se pierdan
de mi casa los blasones,
aunque en la ajena florezcan,
quiero, tomando consejo
de mi madura experiencia
pues mi mayorazgo vale
más de doce mil de renta,
que se conserve en mi nombre
y que se logre en mi tierra,
volviendo a la sangre mía
lo que he comprado con ella;
y así, envíe por los dos,
en quien tan iguales pesan
las obligaciones mías,
para que mi hija pueda,

haciendo elección del uno,
 unir en los dos mi herencia.

GUTIERRE: (¿Quién duda que seré yo el escogido por ella?) **Aparte**

MENCÍA: (Ya está por mí prevenida.) **Aparte**

GONZALO: (Y cuando no lo estuviera, ¿hay humanos intereses por quien yo olvide tus prendas?) **Aparte**

GUTIERRE: (Ya con los ojos me nombra.) **Aparte**

BRIANDA: (Confusiones me rodean el alma.) **Aparte**

PEDRO: ¿Qué dices, hija?

BRIANDA: ¿Cómo con tanta presteza señor, puedo resolverme? Si gustas, dame licencia para pensarlo mejor.

GUTIERRE: (Ya me ofende, pues lo piensa.) **Aparte**

Sale un PAJE del MARQUÉS

PAJE: Para dar la bienvenida a estos señores, licencia pide el Marqués, mi señor.

PEDRO: Entre el Marqués norabuena; Saldréle yo a recibir.

PAJE: No es menester; que ya entra.

Salen el MARQUÉS, un PAJE y CRIADOS

MARQUÉS: Esta poca cortesía de no esperar el recado perdone vueseñoría, pues en mí se habrá fundado sobre amistad.

PEDRO: Honra es mía el tratar mi casa así, conozca a mis valencianos.

MARQUÉS: Por servirlos vine aquí.

GUTIERRE: Para darme a mí las manos.

GONZALO: Y darme los pies a mí.
TADEO: Pues que somos.
PAJE: Sí seremos.
TADEO: ¿Oiga voacé?
PAJE: Bien, por Dios.
TADEO: Criados a vela y remos,
coro aparte, murmuremos
de nuestros amos los dos.
PAJE: ¿Va de juego?
TADEO: Va.
MARQUÉS: Señora,
vuesa merced, ¿cómo está?
BRIANDA: La salud que tengo agora
siempre al servicio estará
de vueseñoría.
MARQUÉS: Y, ¿mejora
de su gran melancolía
vuesa merced?
MENCÍA: Con tal contento
estoy loca de alegría.
BRIANDA: ¿Cómo está vueseñoría?
MARQUÉS: Algo indispuesto me siento.
BRIANDA: En el alma me pesó.
MARQUÉS: Ya tengo salud entera.
GUTIERRE: Mil males tomara yo,
si para todos tuviera
el milagro que os sanó.
BRIANDA: Hasta tenerlos, quejoso
no estéis, primo; aun es temprano.
PEDRO: ¿Sobrino?
GUTIERRE: Yo soy dichoso.
PEDRO: Como poco cortesano,
parece que estáis celoso.
GUTIERRE: ¿Yo celos? Ni aun de los cielos
no hayáis miedo que los pida;
mal conocéis mis desvelos,
un hombre soy que en mi vida
ni tuve envidia, ni celos;
porque siempre un hombre he sido
que infinitos los he dado,

mas nunca los he tenido.
BRIANDA: (¡Qué necio tan confiado!) **Aparte**
PEDRO: (¡Qué bachiller tan corrido!)
Aparte
TADEO: Sospecho que no se engaña
del todo mi amo, pues
como el Sol en la campaña,
los ojos pone el Marqués
en su prima.
PAJE: Es cosa extraña
lo que adora a esta mujer
y ella admite la esperanza.
TADEO: ¡Qué bello decir y hacer
los criados a la usanza
de este tiempo! Así han de ser,
pues deben al ser discretos
descubrir el primer lance
de sus amos los secretos.
GONZALO: No hayas miedo que te alcance
la causa ni los efectos;
pues el propio valor
suyo perderá primero el oro
que yo deje de ser tuyo.
MENCÍA: A lo mucho que te adoro
estas dichas atribuyo;
ya te doy mil parabienes.
GONZALO: Deja ocasiones de quejas
y dame causas de bienes.
MENCÍA: Muy sin recelo me dejas.
GONZALO: Y muy seguro me tienes.
GUTIERRE: Préciome yo de atrevido.
BRIANDA: Tú en tener tales recelos,
es sin duda que lo has sido.
MARQUÉS: (¡Muerdo de envidia y de celos!) **Aparte**
BRIANDA: Al Marqués miró ofendido.
GUTIERRE: Oye.
BRIANDA: Sabrélo después,
pues tan poco va ni viene
en eso, señor Marqués,
en que agora se entretiene

mi señora doña Inés.

MARQUÉS: Mi hermana sólo en ser mía
tiene por gusto y deporte.

BRIANDA: Rayos de quejas me envía.

PEDRO: Dios la guarde, es en la Corte
lo que es el Sol para el día.

GUTIERRE: ¡Qué hermana tiene tan bella!

MARQUÉS: Vendrá a besarte las manos.

GUTIERRE: Mucho me holgara de vella.

BRIANDA: Las tuyas beso.

PEDRO: Honráranos
esta casa, pues en ella
le daremos ocasión
tan presto.

MARQUÉS: ¿Cómo?

PEDRO: Se casa
mi Brianda.

MARQUÉS: (¡El corazón,
Aparte
desalado, se me abrasa!

PEDRO: Porque sigue mi opinión,
con el uno de mis dos
sobrinos.

BRIANDA: (Del todo muerto **Aparte**
está mi Marqués. ¡Ay, Dios!)

MARQUÉS: Y ¿está del todo el concierto
ya concluido por vos?

PEDRO: Es mía la voluntad;
sólo le falta escoger
a cuál quiere.

MARQUÉS: (¿Hay tal crueldad? **Aparte**
¡Ay, mudable!)

BRIANDA: ¿Qué he de hacer?
¿Diréle que no es verdad?

MARQUÉS: Será mil veces dichoso
el que quedare elegido
por ella.

GUTIERRE: Más que glorioso
quedaré siendo escogido.

GONZALO: Y yo quedaré envidioso.

Esto ha sido cumplimiento,
bien mío.

MENCÍA: Con todo, agora
con toda el alma lo siento.

MARQUÉS: Vuesamerced, mi señora,
gozará de este contento
millares de años, contados
con los minutos los bienes.

BRIANDA: Yo agradezco esos cuidados;
pero nunca parabienes
se admiten adelantados,
porque suele suceder
derribar las esperanzas
la Fortuna.

MARQUÉS: Puede ser,
pues que para hacer mudanzas,
hasta en el nombre es mujer;
y porque pienso que es tarde,
será bien daros lugar.

BRIANDA: (¡Qué perdida, qué cobarde
Aparte
me deja!)

PEDRO: (Que sospechar **Aparte**
me dejan.)

MARQUÉS: El cielo os guarde.

PEDRO: Todos te acompañaremos.

MARQUÉS: No, por mi vida; ¿por qué
usáis de tales extremos?

GUTIERRE: Yo solo me quedaré.

MENCÍA: Porque solas no quedemos.

MARQUÉS: Muerto voy.

GUTIERRE: Seré despojos.

TADEO: Como en su centro quedó.

BRIANDA: ¿Qué disparates? ¿Qué antojos?

GUTIERRE: Parece que me miró,
dándome el alma en los ojos.

PAJE: Bravos ademanes son
los de tu amo he pensado...

TADEO: Pienso que tienes razón.

PAJE: ...que es un necio confiado.

TADEO: Y un Narciso en su opinión.

Vanse unos por una puerta y otras por otra

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen don PEDRO y doña BRIANDA

PEDRO: Brianda, mal te aprovechas del valor, porque me pones con dudas en ocasiones de recelos y sospechas.

No de tu honor, cuyo brío estriba en tan buen cimiento, sino de algún pensamiento que se encuentra con el mío; resuélvete en escoger para esposo, de estos dos el uno.

BRIANDA: ¿Tan presto? ¡Ay, Dios! ¿Cómo, padre, puede ser?

Este ñudo indivisible del casamiento, ¿no es, ciego en los cuerpos, después para las almas terrible?

¿No es tan crüel, no es tan fuerte, que aunque la razón lo pida, no le desata la vida, sino le acaba la muerte?

Pues ¿cómo, padre, al compás de la prisa que hay en ti,

de dos hombres para mí
mirar el que vale más?

¿Podréles ver, por momentos
tan llenos de pesadumbres,
el valor en las costumbres
y el alma en los pensamientos?

¿Podré ver con tal presteza
de cuál se aplica el amor,
mi sangre con más calor,
mi gusto con más terneza?

Mira que es justo.

PEDRO: No es justo

para quien echa de ver
que en elección de mujer
las más veces yerra el gusto,
y así, esposos escogidos
entre amorosos cuidados,
si no mueren descuidados,
padecen arrepentidos.

Pero cuando elige esposos
la paternal providencia,
en premio de su obediencia,
las más veces son dichosos.

Y tú, a ser más bien mirada,
más humilde, más sujeta,
más prudente, más discreta,
más dócil y más honrada,
porque de ti se tuviera
general satisfacción,
fiaras de mi elección
lo que de la tuya era.

BRIANDA: Tú eres padre y dueño mío,
pero en la mujer ¿no ves
que en esto sólo no es
la libertad desvarío?

De mi esposo...

PEDRO: Di.

BRIANDA: ...señor,
a ti no te ha de tocar,
si es flemático, el pesar;

si es colérico, el temor;
si es importuno, el enfado;
si es vicioso, la costumbre;
si es necio, la pesadumbre;
la afrenta, si no es honrado.
Y si el pecho le desama,
tú, señor...

PEDRO: Di.

BRIANDA:

...¿mal forzoso
has de partir con mi esposo
una mesa y una cama?

Pues si yo he de ser, ¿por qué
quieres elegir por mí,
ni darme prisa?

PEDRO: ¿Así? ¿Así?

Nunca tal imaginé;
mujer apenas, ¿no veis
lo que entiende y lo que traza?
Atrevidilla rapaza,
¿tanta libertad tenéis?

Pues porque no la tengáis,
elegir y obedecer
dentro de una hora ha de ser;
y advertid que si os tardáis,
haré yo vuestra elección,
con diligencias no malas,
para cortaros las alas
de tan libre corazón.

No repliquéis; ¿hay tal cosa?
¡Hola, hola!, ¿quién pensara
este extremo de esa cara
tan compuesta y vergonzosa?

Vase

BRIANDA: Apenas tiene plumas el avecilla,
cuando pone en los vientos el cuidado;
el más menudo pez del mar salado
suele atravesarse a su arenosa orilla.

Deja el monte la tierna cervatilla,
y aunque con su peligro, pace el prado,
las útiles defensas del ganado,
pierde tal vez la mansa corderilla.

Sube al aire la tierra más pesada,
sale de madre el más pequeño río,
el cobarde mayor saca la espada;
la menor esperanza finge brío,
¡y solamente la mujer honrada
tiene sin libertad el albedrío!

Salen LUCÍA y el MARQUÉS

LUCÍA: Ya de sus negocios trata
el viejo, y puedes entrar.

MARQUÉS: Con quejas he de matar
a quien con celos me mata.

¿Eso es posible, señora?

BRIANDA: Marqués, ¡qué atrevimiento!

MARQUÉS: ¡Que tan mortal tormento
padezca quien te adora!

BRIANDA: ¿Eso dices? ¡Ay, cielos!

MARQUÉS: Mira mis ojos, que me abrasan celos.

BRIANDA: Cuando, perdida y loca,
no hay bien que no me huya,
cuando por causa tuya
tengo el alma en la boca,
que sales tras mis quejas,
¿de mí te ofendes y de mí te quejas?
Quéjate de mi suerte,
que impide tu esperanza
sin temer la mudanza
de quien pide a la muerte
la mayor aspereza que acredite
contigo mi firmeza.

MARQUÉS: Angel del alma hermoso,
¿quién causa en ti ese extremo,
por quien mi muerte temo?

BRIANDA: Un padre riguroso,

que pide, como injusto,
fuerza a la voluntad y ley al gusto.
Sólo una hora le ha dado
de término a mi muerte,
o con rigor más fuerte
resuelto y arrojado,
por esposo importuno
de mis dos primos quiere darme uno.

MARQUÉS: Desdichas inhumanas,
yo muero; mas, señora,
¿en esta casa agora
no hay puertas, no hay ventanas?
Si por ellas no puedes,
derribaré a puñadas las paredes,
para que salgas de ella,
o abrasarála el fuego
de...

BRIANDA: Oye, ten sosiego,
escucha.

MARQUÉS: ¡Ay, prenda bella!

BRIANDA: Y eso en mí, ¿qué sería?
Honra soy de mi padre.

MARQUÉS: ¿Y no a la mía?
Menos esta balanza
pesa en tu pensamiento
asida a tu belleza.
¿Esto es fe? ¿Esto valor? ¿Esto firmeza?

BRIANDA: Y tal, que en mis acciones
valerme de ella espero;
pero los medios quiero
de sus ejecuciones,
porque sean más buenos,
que de mi calidad desdigan menos.

MARQUÉS: Ya por ti los estimo,
ya saberlos quería.

BRIANDA: Quiere a doña Mencía
don Gonzalo, mi primo,
tanto, que es cierta cosa
el ser su amante para ser su esposa.
Y si a mi padre engaño

y digo que a él le quiero,
de su fineza espero
suspensión en mi daño,
siendo de él no admitida;
pero al segundo lance soy perdida.
Porque mi padre, ciego
con sus vanos antojos,
con mayores enojos,
en don Gutierre luego
querrá darme un marido,
de mí, por confiado, aborrecido;
y quitarme la vida,
que en ti depositada
tengo, tan desdichada
como favorecida
de tu alma en mis ojos.

MARQUÉS: Pues ¿qué haremos, mi bien?

BRIANDA: Morir de enojos.

MARQUÉS: ¡Ay, gloria ya no mía,
ponme en tus brazos bellos,
para que muera en ellos!

BRIANDA: ¿Posible no sería
con algún modo extraño
sufrir la pena y suspender el daño?

MARQUÉS: ¿Cómo, si está el sentido
muerto en el sentimiento?

Sale LUCÍA

LUCÍA: Señora, pasos siento.

MARQUÉS: Vaste, y quedo perdido.

BRIANDA: Vete, y sin alma quedo.

Vase

MARQUÉS: En piedra convertido, ¿cómo puedo?

¿Qué pasos darán los pies,
cuando pesan las desdichas
tanto en el alma, que apenas

dejan fuerzas en la vida?
¿Qué valor habrá en el pecho,
donde las alas palpitan
de un corazón, por amante,
ya convertido en ceniza?
¿Qué discursos puede hacer
una cabeza vacía,
sin seso por verse en mí,
por levantada, caída?

Sale TADEO

TADEO: ¿Señor Marqués?
MARQUÉS: ¡Oh, Tadeo!
TADEO: Profunda melancolía
 señalas, señor. ¿Qué tienes?
MARQUÉS: Esta enfermedad maldita
 no tiene causa.
TADEO: ¡Oh, qué bien!
 ¿Por qué de mí no la fías?

 Ya he sabido tus cuidados.
MARQUÉS: ¿Quién los sabe y los publica?
TADEO: Quien los descubre en tus ojos;
 y ¿por qué te maravillas,
 si las paredes los oyen,
 de que las piedras los digan?
MARQUÉS: Aunque en humilde sujeto,
 tu discreción me convida
 a que por consuelo tenga
 el contarte mi desdicha.
TADEO: Tras las mercedes pasadas,
 con ésta, señor, me obligas
 a ser siempre esclavo tuyo.
MARQUÉS: ¡Ay, Tadeo!, aunque la estimas,
 no la agradezcas; que son
 tan grandes las penas mías,
 que en mi corazón revientan,
 y se salen ellas mismas
 por la boca y por los ojos,

arrojadas de ofendidas.
Don Pedro, don Pedro--¡ay, cielo!--
quiere casar a su hija
con uno de sus sobrinos,
siendo el alma de esta vida;
de don Gonzalo ya sé
que solamente se inclina,
amante de muchos años,
a sólo doña Mencía;
y así, de él estoy seguro;
pero don Gutierre aspira
a ser su esposo, juntando
confianzas y porfías,
hoy quiere casarla el viejo,
y yo muriendo querría,
aunque haya de ser, siquiera
suspenderlo algunos días,
y no sé el cómo, ¡ay de mí!

TADEO: Linda traza, no te aflijas,
se me ha ofrecido en un punto.

MARQUÉS: Dila, amigo.

TADEO: Escucha.

MARQUÉS: Dila.

TADEO: ¿Tú no tienes una hermana
con tanta opinión de linda,
que es un extremo en la corte?

MARQUÉS: Es así.

TADEO: Pues ¿cómo harías
que don Gutierre la vea
y que piense que le mira
con terneza y con amor?
Pues por poco que lo finja,
pensará que por él muere;
que en los aires facilita
estas cosas su opinión,
engañándose ella misma;
y es tan vano y presumido,
que si la ve, y se encapricha
en alcanzarla, y tener
un cuñado Señoría,

que me maten si en un punto
no se ofende y no se olvida
de su prima y de su tío.

MARQUÉS: Cosa fuera peregrina;
mas está mi hermana ausente,
porque se fue con mi tía
a una de mis aldeas,
donde estará algunos días;
y aunque en Madrid estuviera,
¿cómo a mi hermana podía
meterla yo en esas cosas?
Son diligencias perdidas
cuantas hago.

TADEO: ¿En eso topas?
Busca una hermana fingida,
pues no tienes en tu casa
la verdadera.

MARQUÉS: Averigua;
que del todo eres discreto;
pero ¿qué mujer podría,
con discreción y hermosura
hacer lo que facilitas?

TADEO: ¿Quién? Ya lo sé; escucha, espera;
bien tus cosas se encaminan.
Esta criada brüosa,
que entra, sale, bulle y brinca,
como las culebras sabia
y como las ascuas viva.

MARQUÉS: ¿Quién dices?

TADEO: Esta criada,
que para esto fue nacida.

MARQUÉS: ¿Es Lucía? Dices bien,
y para todo entendida.
¿Vióla tu amo?

TADEO: No pudo,
recién llegado de un día.

MARQUÉS: Pues ¿cómo podrá salir
de esta casa?

TADEO: No te impida;
eso a mi cargo lo deja,

ya corre por cuenta mía.
Vete, y espera en tu casa
a que yo, señor, te sirva
con industria y lealtad,
vete luego.

MARQUÉS:

De ti fía
no menos que toda el alma,
quien parte agora sin vida.
Cosas soñadas parecen;
toma, amigo, esta sortija,
que dos mil ducados vale.
¡Oh, amor, tras qué fantasías,
tropezando con mis penas,
voy siguiendo mis desdichas?

TADEO:

Voto al sol, con bravo enredo
del marqués la justa queja
suspenderé; pero quedo,
que el lobo está en la conseja;
caerá en el lazo, si puedo.

Sale don GUTIERRE

GUTIERRE:

Cuando miro en mis pasadas
y venideras memorias,
tiernamente imaginadas
tan dulcemente las glorias
poseídas y esperadas,
aunque dudosa y segura
en mis partes mi opinión,
ni resuelve ni asegura
si las debo a la razón
o las hallo en la ventura.

TADEO:

Señor, ¿de qué tan ufano?

GUTIERRE:

¿No he de estarlo pues me toca
en un serafín humano
el sí de tan dulce boca,
la fe de tan bella mano?

TADEO:

En eso dices verdad,
si de que a ti te eligió

tienes ya seguridad.
GUTIERRE: ¿Eso dices?
TADEO: ¿Por qué no?
GUTIERRE: ¡Oh, qué gentil necedad!
TADEO: Tu primo tiene esperanza también.
GUTIERRE: Con tal diferencia,
atrevido se abalanza,
¡qué agraviada competencia!
(Y ¡qué necia confianza!) **Aparte**
GUTIERRE: Fuera de tenerme amor,
mi prima con gran ventaja
la merezco.
TADEO: Sí, señor.
(Quien no corre la baraja,
¡qué mal entiende la flor!) **Aparte**
GUTIERRE: ¿Qué dices?
TADEO: Que eres dichoso,
pues que piensas que lo eres
en lo galán y en lo hermoso.
GUTIERRE: Imán soy de las mujeres;
el confesarlo es forzoso.
TADEO: Pues ¡qué dirás en sabiendo...
GUTIERRE: ¿Qué, Tadeo?
TADEO: ...alegre estás,
que algunas que van saliendo
muy alto, al olor no más,
van picando y van cayendo?
Fui en cas del Marqués y hablé...
GUTIERRE: ¿Con su hermana? Y yo he caído
en la cuenta.
TADEO: Presto fue,
y como el gato habrá sido,
porque siempre cae en pie;
no morirás arrojado,
pues sabes caer tan bien.
GUTIERRE: Sácame de este cuidado;
¿es muy hermosa?
TADEO: Es en quien
verás un cielo cifrado.

GUTIERRE: Y ¿qué te dijo?
TADEO: Amorosa,
con un donaire encogido,
con una voz tan melosa,
como halagüeña al oído,
y en el alma cosquillosa,
me dijo, alzando una mano
de nieve--pienso que agora
la miro--, "Escuchad, hermano,
¿del famoso valenciano
no sois criado?" "Sí, señora,"
respondo. "Notables son
las partes que Dios le ha dado."
Replico, "Pues con razón
en dos horas han ganado
muchos siglos de opinión
y en la corte por lo menos."
Y cuanto más en ti hablaba,
los ojos, de aplauso llenos,
me volvía, y me mostraba
más blandos y más serenos.

GUTIERRE: ¡Notable ventura mía!
¿Eso dijo?

TADEO: Y añadió,
"Con el alma gustaría
de ver a tu amo yo."

GUTIERRE: Antes que amanezca el día
--si no muero--he de ir a vella.

TADEO: Haz tú visita al marqués,
mientras yo a su hermana bella
pongo plumas en los pies
para salir a tenella.

GUTIERRE: Luego al momento ha de ser.

TADEO: Allá voy. (Poco cuidado
Aparte
y jabón fue menester.)

GUTIERRE: Galán seré celebrado
de tan hermosa mujer.

Vase TADEO: y sale doña MENCÍA

MENCÍA: Hermano, ¿tan divertido?
Culparte puedo de ingrato,
pues siendo tan recién venido,
ni aún hablarte sólo un rato
ni has gustado ni he podido.

GUTIERRE: ¡Oh, hermana!

MENCÍA: (Quiero alaballe; **Aparte**
que así para mi intención
me importará granjealle.)

GUTIERRE: Mis disculpas grandes son.

MENCÍA: ¡Qué gentileza! ¡Qué talle!
En dos años que ha que juntos
no estamos, pienso que ha sido
el mejorarse por puntos;
y así en mi prima he tenido
de su estimación barruntos;
y pues tan en ello está,
no sé el cómo nuestro primo
contigo competirá.

GUTIERRE: Yo lo agradezco y lo estimo;
pero, hermana, bueno está;
voyme, que si el alma das
con los ojos ocasiones,
tú con más culpa errarás,
si en el peligro te pones
que se han puesto los demás.

MENCÍA: (Notable el capricho es **Aparte**
con que se estima y se agrada.)

GUTIERRE: (De la hermana del marqués **Aparte**
la hermosura imaginada
me llena el alma en los pies.)

Vase don GUTIERRE. Sale don GONZALO

GONZALO: ¿Fuése ya?

MENCÍA: Sí.

GONZALO: ¡Prima amada!

MENCÍA: ¡Primo, primo de mi vida!

GONZALO: ¡Qué hora tan esperada!

MENCÍA: ¡Qué pena tan bien perdida!

GONZALO: ¡Qué gloria tan bien lograda,
si es que engaña el deseo!
¡Que la miro, que la toco,
que la alcanzo!

MENCÍA: Yo la veo
con el sentido tan loco,
que la gozo y no la creo,
aunque el verla con recelos
la acredita.

GONZALO: ¿En qué razones
se fundan, mi bien?

MENCÍA: ¡Ay, cielos!
Tan precisas ocasiones
me causan mortales celos.

GONZALO: Y ¿quién, señora, os los dio?

MENCÍA: La razón los justifica
con mi prima, que nació,
si no más vuestra, más rica
y más dichosa que yo.

Veo también a mi tío
con causa más inclinado
a vos que al hermano mío,
porque pasa, confiado,
la soberbia a desvarío;
y aunque prevengo estos daños
animosa, porque hallé
entre los dos sin engaños
un amor de tanta fe,
y una fe de tantos años,
con todo, vengo a quedar
temerosa de perder
lo que merecí ganar.

¡Ay, mi gloria, que el temer
es muy propio del amar!

GONZALO: Supuesto que la belleza
vuestra competir podía,
mi bien, con mayor riqueza,
y en un alma vuestra y mía
es un monte la firmeza,

agravio fue semejante
en vos el haber dudado;
que con valor inconstante
pareciera interesado,
aunque nunca fuera amante.

Pues advertirlo mejor,
y pensad que aunque no fuese
en mí tan vuestro el valor,
por no mostrar interese,
fingiera el tener amor.

Tened mayor confianza
de mi dicha, que es inmensa,
o creed que mi esperanza
que ha de pasar esta ofensa
de sentimiento a venganza.

Pero si dudas ponéis
en mi fe tal engaño,
llegad a verme, y veréis
--si es que en mis ojos os veis--
en mi alma el desengaño.

MENCÍA:

Como sin veros he estado,
casi muerta en vuestro olvido
mi esperanza, mi cuidado
está agora prevenido,
de entonces escarmentado;

y aunque presente os volví
a mi amor, recela el pecho
la desdicha en que me vi;
efeto propio, que en mí
tan grande escarmiento ha hecho.

GONZALO:

Si con ausentes desvelos
recelastes mis mudanzas,
dando quejas a los cielos,
culpando en mis esperanzas
descuidos de mis consuelos;

pues pasó vuestro disgusto,
ya de mi amor satisfecho,
el temer, prima, no es justo,
tan a costa de mi gusto,
que huya de mi provecho.

MENCÍA: Señor, si estuve perdida
entre ausencias y rigores,
olvidada y ofendida,
tan cerca de mis temores
y tan lejos de mi vida,
cuando así a tenerla vengo,
que aún recelo que me engaño,
disculpa bastante tengo,
pues mi remedio prevengo
con el miedo de mi daño.
Yo me voy, señor, que es tarde,
y vendrá luego mi tío.

GONZALO: ¿Como estás?
MENCÍA: Ya no cobarde.
GONZALO: ¡Gloria mía!
MENCÍA: ¡Señor mío!
GONZALO: Mi alma os goce.
MENCÍA: Mi fe os guarde.

Vanse y sale el MARQUÉS

MARQUÉS: Confuso y desesperado
por lo que mi suerte ordena,
tengo de hielo la pena,
con ser de fuego el cuidado,
..... [-oso]
viendo en mi dolor mortal
que, sin duda, el mayor
mal es tener el bien dudoso.

Sale TADEO

TADEO: Acá estamos ya.
MARQUÉS: ¡Tadeo!
..... [-ido]
TADEO: Todo hasta aquí lo he medido
con el compás del deseo.
Ya está en su puesto Lucía.
Y bien vestida y tocada,
en tu hermana transformada.

MARQUÉS: Y ¿parece hermana mía?
TADEO: Del Papa lo puede ser,
pues de suyo lo asegura,
y tresdobra la hermosura
el adorno en la mujer.
MARQUÉS: ¿Cómo tan presto has podido
venir?
TADEO: Valióme la mano
de aquel ángel soberano
con quien anduve atrevido.
Comuniquéle mi enredo;
al principio se espantó,
pero luego me creyó,
y de su mano, en un credo,
aunque incierta en el cuidado
de lo que hemos emprendido,
con un bizarro vestido
y bien compuesto un tocado,
trenzado el cabello y rizo,
sobre nieve y arrebol
hizo de Lucía un sol
que puede servir de hechizo;
y entrando, aunque claro el día,
en un coche cautamente,
a tu casa diligente
pude traerte a Lucía,
y entre tus dueñas de honor
está, a quien tú preveniste
de nuestro engaño.
MARQUÉS: ¿Y veniste
los dos solos?
TADEO: Sí, señor.
MARQUÉS: ¿Y Tadeo?
TADEO: He procedido
limpiamente, te prometo.
MARQUÉS: Di verdad.
TADEO: Tuve respeto
al tocado y al vestido.

Sale un PAJE

PAJE: Don Gutierre, un caballero
que hoy viste...

TADEO: A buen tiempo viene.

PAJE: ...pide licencia.

MARQUÉS: Y la tiene.
Di, volando, que le espero.
¿Cómo agora dispondré
tu quimera?

TADEO: Con dejarla
a mi cargo; espera y calla,
pues voy a servirte.

MARQUÉS: Ve.

Vase TADEO. Sale don GUTIERRE

GUTIERRE: Déme las manos.

MARQUÉS: Señor,
presto las visitas paga
vuesa merced.

GUTIERRE: Es la paga
tanto a la deuda inferior...

MARQUÉS: Sillas, hola.

GUTIERRE: ...que supuesto
que es tan corto mi caudal,
y es cierto el pagarla mal,
es bien que la pague presto.
Reciba vueseñoría
sólo el deseo; señor.

MARQUÉS: Yo vengo a quedar deudor.
Desempeñarme querría;
mas esto agora dejemos
para cuando más importe.
¿No es bello lugar la corte
para amorosos extremos?

GUTIERRE: Como tan recién venido
mal pude juzgarlos yo,
mas su grandeza llegó,
si no a la vista, al oído.
Y así, que es lugar sospecho

donde muchas causas dan
para que pueda un galán
abrir animoso el pecho.

MARQUÉS: De hermosura y discreción
son sin número las damas,
y las lenguas de sus famas,
¿no os han dicho cuáles son?

GUTIERRE: Mi señora doña Inés,
por discreta y por hermosa,
es en la corte famosa
más que todas.

MARQUÉS: Sí lo es,
o es dicha que en tal se vea;
porque si dan en tener
por hermosa una mujer,
lo será aunque no lo sea.

GUTIERRE: Mi hermana y prima me han dado,
para que dicho fuese,
un recado que la diese
de su parte.

MARQUÉS: Habránla honrado.

GUTIERRE: Si es que tú gustas, señor,
que yo, aunque indigno de vella,
se lo dé...

MARQUÉS: Tendrálo ella
por muy notable favor. ¡Hola!

***Sale un PAJE y habla al oído con el
MARQUÉS***

PAJE: ¡Señor, [aquí está!]

***Salen TADEO: y LUCÍA, de dama. Los dos hablan
aparte***

LUCÍA: ¿Estoy bien?

TADEO: ¡[Y] brava, por vida mía!

LUCÍA: ¿Mereceré Señoría?

TADEO: Y Paternidad también.

LUCÍA: ¿sabes si he de poder

disimular y fingir
sin turbarme y sin reír?
TADEO: Sería echarlo a perder.
Buen ánimo; que ya es hora.
LUCÍA: Santíguome.
TADEO: A Bercebú
te encomienda; ve.
LUCÍA: ¡Ay, Jesús!
¿Quién es?
MARQUÉS: Hermana, señora,
llegad.
LUCÍA: Creyendo, señor,
ver sólo a vueseñoría,
no tan compuesta venía,
que no pudiera mejor.
MARQUÉS: A bien tiempo habéis llegado
donde esta silla ocupéis;
y así, no os excusaréis
el llegar a vuestro estrado.
GUTIERRE: Donde licencia tenía
para besaros las manos.
LUCÍA: ¿Es de los dos valencianos
el uno?
MARQUÉS: Sí, hermana mía;
y ¿en qué lo habéis conocido?
LUCÍA: Viéndole tan gentil hombre,
el crédito de su nombre
di por la vista al oído.
TADEO: (¡Oh, hi de puta taimada!
con esto remata el seso
de mi amo!) **Aparte**
GUTIERRE: ¿Cómo a eso
podrá mi lengua turbada
responder, sino callando?

Aparte todos

LUCÍA: ¡Qué soberanos despojos!
Ya le mato con los ojos.
TADEO: Ya va cayendo y picando.

MARQUÉS: Ya se tiene por dichoso.
LUCÍA: Ya elevado se traspasa.
GUTIERRE: Ya dulcemente me abrasa
este serafín hermoso;
todo el bien me viene junto.
Ya se rinde.

Sale el PAJE

PAJE: Aquel hidalgo...
MARQUÉS: Con vuestra licencia salgo,
para volver en un punto.
GUTIERRE: Acompañaréos.
MARQUÉS: Dejad
de hacer tal, por vida mía.

TADEO y LUCÍA hablan aparte

LUCÍA: ¿Y agora?
TADEO: Agora, Lucía,
veremos tu habilidad;
hazle favores mirrados.
LUCÍA: Y ¿dónde están las razones?
TADEO: Porque es todo afectaciones
en los necios confiados.

Don GUTIERRE ha acompañado al MARQUÉS hasta la puerta, que se fue con su paje, y vuelve a sentarse en la silla

GUTIERRE: ¡Qué dulce mirar! ¡Qué bella!

A LUCÍA

TADEO: Mira más recio.

A TADEO

LUCÍA: Sí haré.
GUTIERRE: (¿Por dónde comenzaré

Aparte

a declararame con ella?)

LUCÍA: Parece que habéis quedado
suspenso.

GUTIERRE: Estoy divertido,
a la dicha agradecido,
y con la fama enojado.
Con la fama, pues tomó
con vuestros luceros claros
tanta luz para pintaros,
y ciegamente os pintó,
pudiendo hacerse inmortal,
pues le dio en vuestra belleza
la sabia naturaleza
tan divino original;

y así, en vuestro agravio infiel,
mil maldiciones le ofrezco,
y a la dicha le agradezco
el darme mano y pincel
en la ocasión y en la palma,
de veros y contemplaros,
para poder trasladaros
con los ojos en el alma.

TADEO: (Ea, Lucía, ¡Santiago,
cierra España!)

Aparte

LUCÍA: Aunque es antojo,
os agradezco ese enojo,
y esotra lisonja os pago,
aunque al oírme os asombre,
al verme tan atrevida,
con deciros que en mi vida
vi galán tan gentil hombre,
y que a la fama perdono
lo que juzgáis que en mí hizo
pues mi agravio satisfizo
lo que dijo en vuestro abono;
porque, si no os alabara,
el veros no apeteciera,
ni a Tadeo ocasión diera
de que en mi nombre os llamara.

TADEO: (Como quien baja rodando, **Aparte**
presto acabó de bajar.)

GUTIERRE: ¡Quién pudiera imaginar
lo que os estoy escuchando!
¿Quién vio tan dichoso día?
¿Y a quién dio naturaleza,
como la vuestra, belleza,
ni dicha como la mía?

LUCÍA: Y pues que mi gloria es
tal que por vuestro me toca,
después de besar mi boca
lo que pisan vuestros pies,
dadme, señora, la mano;
que como Reina os la pido.
Primero estad advertido
que este favor tan temprano
no ha sido en mí liviandad;
pero vuestro casamiento,
hallando mi pensamiento
ya firme en mi voluntad,
dio a mi esperanza este brío,
y entre dudosa y cobarde
de que no llegara tarde
a vuestro cuidado el mío,
ligera de apasionada,
quise declararme luego.

TADEO: (Bravamente cerró el pliego;
Aparte
es discreta y es taimada.)

GUTIERRE: Muriera desesperado
si tarde hubiera venido
tal merced. Milagro ha sido
porque me hallara casado
si tan presto no llegara,
que en tu hermosura la viera,
y tan bien no sucediera,
que tu hermano nos dejara.

LUCÍA: Eso algún misterio tiene.

TADEO: (¡Y grande!) **Aparte**

GUTIERRE: ¿Cómo, señora?

TADEO: (Ella le despeña agora.)

Aparte

LUCÍA: Así al marqués le conviene.

GUTIERRE: Pues, ¿qué pretende el marqués?

LUCÍA: Ser esposo de tu hermana;
y así, los pasos allana.

TADEO: (Ya como si fueran pies
le resbalan las razones.)

Aparte

LUCÍA: (Por desvanecerle más
lo dije.)

Aparte

GUTIERRE: En un bien me das
tan grandes obligaciones,
cielo divino, que al verlas,
como me miro al gozarlas
sin caudal para pagarlas,
vengo a sentir el deberlas.

Pero, ¿qué digo, si en ti
merezco tales despojos,
que cuanto alcanzan tus ojos
son tesoros para mí?

Pues la tierra agradecida,
porque pague estos favores,
me consuela con sus flores,
con sus frutos me convida.

Danle en el cielo, a quien das
segunda causa a mis bienes,
a mi estrella parabienes,
envidiosas las demás,
el sol.

TADEO: Quedo, el Marqués para.

GUTIERRE: Quisiera,...

TADEO: (Tomado había

Aparte

corriente de más de un día,
si el Marqués no la cortara.)

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: Perdonad el detenerme.

GUTIERRE: Un minuto ha parecido.

MARQUÉS: Ocasiones he tenido
de tardarme y de perderme.
De vuestro tío un criado
con mucha prisa, os espera;
venid, vamos.

GUTIERRE: ¿Salís fuera?

MARQUÉS: Apriétame otro cuidado;
quizá os querrá vuestro tío
alguna importante cosa.

Vase el MARQUÉS

LUCÍA: ¿He de quedar recelosa?

GUTIERRE: Dueño sois de mi albedrío.

LUCÍA: A aquellas señoras mías
beso mil veces las manos.

GUTIERRE: ¡Ay, mis ojos soberanos!

Vase don GUTIERRE

LUCÍA: ¡Ay, luz de mis alegrías!

TADEO: ¡Ay, majadero frisado,
por los aires persuadido!

LUCÍA: Lindamente he procedido.
..... [-ado]
..... [-asas];
que es un demonio aquel viejo.

TADEO: Quítate agora el pellejo,
y veremos lo que pasas
después en coche y desnuda
de esas ropas respetadas,
y las cortinas cerradas.

LUCÍA: Para no ponerlo en duda,
pondré un manto de dos suelas
en mi cabeza, y después
seré un viento, si en los pies
acomodo unas chinelas,
pues, ¿qué pensaba?

TADEO: ¡Oh, traidora!

LUCÍA: Mamóla; ¡qué poco sabe!
TADEO: A lo menos a lo grave
me harás un favor agora,
como si fueras hermana
del Marqués, y señoría
te diré.

LUCÍA: Por cortesía
harélo de buena gana.

TADEO: Vueseñoría una mano
me dé, que será una palma.

LUCÍA: La mano, y también el alma.

TADEO: Ya la beso.

LUCÍA: Y yo la allano,
como asegures los pies.

TADEO: Sabrosa con tantas veras
me supo, como si fueras
propia hermana del Marqués;
que los gustos persuadidos,
de los ojos engañados
suelen ser imaginados,
lo mismo que sucedidos.

LUCÍA: Por eso dichosas son
en tu amo las quimeras.

TADEO: Por eso tantas veras
es Narciso en su opinión.

Vanse. Sale don GONZALO

GONZALO: El amor correspondido
es, a ser sin disonancia,
una dulce consonancia,
gloria al alma en el sentido.
Es un hijo de los cielos,
tanto más casto y mejor
cuanto es villano el amor
entre sospechas y celos;
y así yo, doña Mencía,
viendo en tan igual belleza
un ejemplo de firmeza,
tengo un siglo de alegría;

y concorde a mi cuidado
su mérito conocido.
Me da el ser agradecido
más glorias que el ser amado.

Sale don GUTIERRE

GUTIERRE: ¡Pudo darme la Fortuna
más gustos y más contentos
que conformes casamientos,
y ¡qué dichosa fortuna!
Pues con mi hermana casado
el Marqués, yo con la suya,
es imposible que huya
de uno de los dos su estado.

GONZALO: ¿Qué tiene ese hombre, que está
hablando consigo mismo?

GUTIERRE: ¡Notable dicha! Un abismo
de inmensas glorias será.

GONZALO: Primo, primo, ¿qué tenéis,
que tan alegre os gozáis?

GUTIERRE: Llegad, primo, y si escucháis,
todas mis glorias sabréis,
y aun las vuestras, pues que ya
vuestra, para ser dichosa
pues yo merecí otra esposa,
doña Brianda será.
Esta hermana del marqués,
esta mujer tan famosa,
es ya mía.

GONZALO: ¡Extraña cosa!

GUTIERRE: Y con segundo interés,
porque yo a doña Mencía
doy al marqués por mujer.

GONZALO: (¿Cómo, cómo puede ser?

Aparte

¿Es posible, siendo mía?)
Pienso que os habéis burlado.

GUTIERRE: ¿Burlado? Bueno.

GONZALO: ¡Ah, traidora!

GUTIERRE: De su casa vengo agora,
donde quedó concertado;
queríanse ya los dos.

GONZALO: ¿El marqués y vuestra hermana?

GUTIERRE: Sí, y la suya soberana
sabiendo.

GONZALO: (¡Válgame Dios!)

Aparte

GUTIERRE: Sus buenas partes dispuso
con el marqués, y Mencía
lo que para gloria mía
tan por los aires compuso.

GONZALO: Pienso que lo habéis soñado
como soléis divertido.

GUTIERRE: No, por Dios.

GONZALO: (Yo soy perdido.)

Aparte

GUTIERRE: Pues, ¿de qué os habéis turbado?
¿Qué tenéis?

GONZALO: Dejadme; ciego
estoy. (¡Ah, entrañas feroces!
por ir publicando a voces,
pues me abraso, fuego, fuego,
hasta que alcance a Mencía
el que yo tengo en la boca.)

Aparte

GUTIERRE: (Que le incita, y le provoca,
tendrá de la suerte mía
envidia, que entre los dos
nunca falta. Éste es mi tío.

Aparte

Sale don PEDRO

PEDRO: ¿Cómo os va, sobrino mío?

GUTIERRE: Mi tío, ¿como con vos?

Que no hay más que encarecer.

PEDRO: Otra ocasión se os ofrece.

GUTIERRE: ¿Cómo, señor?

PEDRO: Me parece
que mi Brianda es mujer
y ha de escoger lo peor;
a vos os eligiera,
y no a don Gonzalo.

GUTIERRE: Ya en ello estoy; mas, señor,
tengo yo...

PEDRO: Decid, no es malo
el dudar.

GUTIERRE: ...con otro intento
muy diverso, el pensamiento.

PEDRO: ¿Qué decís?

GUTIERRE: Que en don Gonzalo,
porque de este gusto trate,
que aparece con más brío,
renuncio el derecho mío.

PEDRO: ¡Oh, qué gentil disparate!
¿Mi hija tenéis en poco?
¿Mi hacienda? ¡Gran desatino!
Andad. Del todo, sobrino,
o sois necio o estáis loco.

GUTIERRE: ¡Señor!

PEDRO: Dejadme, callad,
no repliquéis, que estoy ciego
de enojo; gentil, don Diego,
andad, salíos, caminad.

GUTIERRE: Verá mi disculpa cuando
sepa las dichas mías.

**Vase don GUTIERRE. Sale doña
BRIANDA**

BRIANDA: (¡Qué dudosas alegrías
Aparte
voy perdiendo y esperando!
Enojado está, ¡ay de mí!
¿Qué me mandas, señor? (¿Qué haré?) **Aparte**

PEDRO: Brianda, yo te llamé
por ver lo que tengo en ti:
la vejez que quieres darme,
lo que quieres complacerme
lo que huyes de ofenderme
y lo que gustas de honrarme.
Hasta agora que escogieras
el uno de mis sobrinos

te rogué, y los desatinos,
confianzas y quimeras
de don Gutierre ofender
tan de veras me han podido,
que el dártele por marido,
aunque quieras, no ha de ser;
pero en don Gonzalo mira
mil partes que buenas son,
desnuda de pasión
que te ciega y te retira;
y sé tú misma el juez
de esta causa, si te allanas
por mis venerables canas,
por mi cansada vejez,
a que logre mi única hija
... con tan buena suerte
.....[erte]
me consuele y no me aflija.

BRIANDA:

De don Gonzalo sin miedo
siempre estuve, y pues que soy
tan dichosa, que lo estoy
de don Gutierre, bien puedo
elegirle, y de este modo
a mi padre y a mi gusto
satisfaré, porque es justo
el obedecerte en todo.

El "sí" te ofrezco, empleado
en don Gonzalo.

PEDRO:

En abono
de lo que haces, te perdono
lo que en hacerlo has dudado.

Sale don GONZALO

GONZALO:

(Buscando voy sin sosiego
la crüel que me condena,
por matarla con mi pena
y abrasarla con mi fuego;
pero sabrá que he sabido
su mudanza y su traición,

Aside

y en el más hondo rincón
de la casa se ha escondido;
pero aunque muera, conviene
mis penas disimular.)

PEDRO: A saber y a celebrar
tal dicha, a buen tiempo viene
don Gonzalo.

GONZALO: ¡Ay ciego Amor!

PEDRO: Llegad; que ya sois dichoso,
ya sois de mi hija esposo.
Ya mi hijo, ya señor
de mi hacienda y ya escogido
de Brianda.

GONZALO: (El cielo agora, **Aparte**
de Mencía que es traidora,
que me venga habrá querido.)

PEDRO: ¿Con qué monte habéis topado?
¿Qué os entretiene dudoso?

GONZALO: Tan presto el ser tan dichoso,
¿a quién no hubiera turbado?
Mas, pues logras mi esperanza,
déjame besar tus pies.
(No pudiera el interés

Aparte

lo que pudo la venganza.)

BRIANDA: (¡Ay, triste!) **Aparte**

PEDRO: De esta alegría
lograra en mi pensamiento,
de este gusto, este contento
quiero que alcance a Mencía.

Y luego, ¿quién ha de haber
en mi casa para honrarla
sin saberla y celebrarla?
Loco me llena el placer.

Vase don PEDRO

BRIANDA: (Hecha una brasa de hielo **Aparte**
he quedado, he de morir.)
Primo, ¿qué has hecho?

GONZALO: Admitir
glorias que están en tu cielo.

BRIANDA: Advierte que has admitido,
siendo crüel, siendo injusto,
en una mujer sin gusto,
una piedra sin sentido,
un gusto sin voluntad,
un seso sin elección,
un cuerpo sin corazón
y un alma sin libertad.

GONZALO: Yo, señora, no sabía
sino que eras, siendo tal,
una mujer principal
y una honesta prima mía,
con valor y con belleza.
¿Tu elección no me nombró
por tuyo?

BRIANDA: Sí, pero yo
confié de tu firmeza,
sabiendo tus pensamientos,
en nuestra prima empleados.

GONZALO: Es crüel, son sus cuidados
más veloces que los vientos.

Sale doña MENCÍA

MENCÍA: (¿Mudable mi don Gonzalo
y crüel doña Brianda?
No es posible, no lo creo,
aunque el dudarlo me mata.
Juntos están, ¡ay de mí!,
ciertas fueron mis desgracias.)
¡Falso amigo, ingrato amante!
¿No es desdicha, no es infamia,
que con minutos las horas
averigüen tus mudanzas?
¿Este fruto han producido
tus lisonjeras palabras?
Y cuando no me las dieras,
¿en nuestro amor no bastara

Aparte

el vernos en tu memoria
con iguales esperanzas,
nacidos para una cuna,
crüados en una casa,
para apoyar tu firmeza
entre obligaciones tantas?
Tú, prima, ¿por qué me has muerto?
BRIANDA: No me culpes, que me matas.
GONZALO: ¿Con qué corazón te quejas?
¿Con qué vergüenza te agravias?
Tú, crüel, de estas desdichas,
¿no fuiste primera causa?
En ti el mudarte fue ofensa,
no en mí el vengarme mudanza.
MENCÍA: Yo, pues, ¿en qué te ofendí?
¿Qué dices?
GONZALO: ¿No estás casada
con el Marqués?
MENCÍA: ¿Quién lo dice?
GONZALO: Don Gutierre.
BRIANDA: ¡Hay tal desgracia!
MENCÍA: El miente. ¿Que tú tal digas?
Mas buena excusa te hallas
para disfrazar tus culpas
y para crecer mis ansias.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: Ya sin humanos respetos,
el mongibel que me abrasa
ha de sacar por la boca
hecho pedazos el alma.
¡Ah, crüel!
BRIANDA: ¡Oye, por Dios!
MARQUÉS: ¡Fingida, mudable, falsa,
espejo de mis injurias,
naufragio de mis borrascas!
BRIANDA: ¡Escucha!
MARQUÉS: ¿Qué he de escucharte?
¿No rompiste tu palabra,

segundo "sí" de tu boca
no diste? Verá cortadas
sus dos manos quien la tuya
espera.

GONZALO: A locuras tantas
respondo de esta manera.

Meten mano

BRIANDA: ¡Oye, espera!

MENCÍA: ¡Tente, aguarda!

**Tiene doña MENCÍA al MARQUÉS y doña
BRIANDA a don GONZALO y sale don GUTIERRE**

GUTIERRE: ¿Contra el Marqués, don Gonzalo?

GONZALO: Sí, que se atreve a esta casa.

GUTIERRE: Reportaos, primo, por Dios,
que bien puede con mi hermana
estar hablando el Marqués,
porque entre los dos se tratan
cosas para honestos fines.

GONZALO: Vuestras locuras soñadas
en vos, como sucedidas,
estas desventuras causan.

GUTIERRE: Sois descompuesto y sois loco.

MARQUÉS: Teneos, pues averiguarlas
es mejor en otra parte.

Sale TADEO

TADEO: Envainad luego la espada,
que viene el señor don Pedro.

MENCÍA: Confusa estoy.

BRIANDA: Yo, turbada.

Sale don PEDRO

PEDRO: ¿Qué es esto? ¿Espadas desnudas,
y sin color en las caras?

¿Qué es esto? Marqués, sobrinos,
hija, decid. ¿Todos callan?
Mil sospechas me enfurecen
y mil dudas me acobardan.
¡Por vida de, de..., por vida
del Rey, si saco la espada,
que de la sangre enemiga
aun le quedan rojas manchas,
que he de hacer un desatino!
MARQUÉS: Después sabréis lo que pasa;
que estáis colérico ahora.

Vase

GONZALO: (Verá el Marqués si me espantan señorías.) **Aparte**

Vase

GUTIERRE: (De mi primo castigaré la arrogancia.) **Aparte**

Vase

MENCÍA: (Penando voy.) **Aparte**

Vase

BRIANDA: (Yo, muriendo...) **Aparte**
TADEO: (Pues con las cabezas bajas te dejan con reverencias, como una imagen te tratan.) **Aparte**

Vase

PEDRO: Pondré remedio en mis cosas con acuerdo y vigilancia; que esta cordura les debo a la plata de estas canas.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

*Salen doña INÉS y un
PAJE*

INÉS: Dile a mi hermano el Marqués
que yo acabé de llegar
agora.

PAJE: Voyle a buscar.

Vase el PAJE

INÉS: ¡Qué mala, qué necia es
 la vida de las aldeas,
donde, pasados tres días,
hermosas melancolías
hacen hermosuras feas!
 Y así tan sólo ha de ser
para divertir antojos,
dando apetito a los ojos,
que aumenten el gusto al ver
 de esta corte la grandeza,
de esta heroica majestad,
adonde la variedad
compite con la belleza.
 ¡Qué cansadas soledades!
¡Qué gustos tan enfadosos!
Con razón llaman dichosos
los que habitan las ciudades.

Salen un ESCUDERO viejo y don GUTIERRE

ESCUADERO: ¿Dónde vas?
GUTIERRE: A mi señora
doña Inés.
ESCUADERO: Y ¿es bien tomarse
licencia, llegar y entrarse?
GUTIERRE: Impórtame hablarla agora
 y tengo licencia suya.
ESCUADERO: Y ¿es con azogue en los pies?
Espera.
GUTIERRE: (Porque el marqués **Aparte**
los casamientos concluya,
 la avisaré del estado
en que mis cosas están,
y así mis ojos verán
mi firmeza en mi cuidado.)
INÉS: ¿Qué es esto?
GUTIERRE: ¿Señora mía?
INÉS: ¿Quién sois? ¿Con qué atrevimiento
os metéis en mi aposento
GUTIERRE: Ignorancia fue la mía
 porque entendí hallar en él
quien mejor me recibiera.
INÉS: Y ¿quién en mi casa fuera
poco honesta y poco fiel?
GUTIERRE: Mi señora doña Inés,
que me tiene honesto amor,
me recibiera mejor.
INÉS: ¿Quién?
GUTIERRE: La hermana del Marqués.
INÉS: Pues ¿a quién estáis hablando?

 ¿Venís en vos? ¿Estáis ciego?
 ¿Yo amor a vos?
GUTIERRE: ¿A qué llego?
INÉS: ¿Loco estáis?
GUTIERRE: ¿Qué estoy mirando?
 ¿Tiene otra hermana el marqués?
 ¿Sois vos?
INÉS: ¿Qué decís?

de entretenerse con vos.

Pero por mi hermana ve,
logrará vuestra esperanza,
con tu licencia, Costanza.

***Vanse el ESCUDERO y el PAJE. Hablan INÉS y el
MARQUÉS aparte***

INÉS: ¿Qué es esto?

MARQUÉS: Calla.

INÉS: Sí, haré.

MARQUÉS: Conocerás entre tanto,
prima, al señor don Gutierre.

GUTIERRE: Para que de mí destierre
esa confusión y espanto.

MARQUÉS: Vuestros intentos sabía
mi prima, y tuvo trazada
esta burla.

GUTIERRE: Ya pesada
al alma le parecía.

INÉS: Y la pasara adelante...
(Seguir quiero sus quimeras)
si tú ayudarme quisieras
con estilo semejante.

Aparte

GUTIERRE: Cuando tú quisieras verme
de mis engaños gustando,
fuera el tratarme burlando,
de veras favorecerme.

INÉS: Estimo tal cortesía.

Al oído

MARQUÉS: (Favorécele diciendo
que es gentil hombre.

INÉS: Ya entiendo
lo que él callando decía.)
Lo que yo con veros quiero
es sólo haceros saber
que en vos me admiro
de ver un tan gentil caballero.

GUTIERRE: Esa merced recibí
de muy contento, dudoso.
(Muchas veces soy dichoso;
todas se mueren por mí.)

Aparte

Salen el ESUDERO y el PAJE

ESUDERO: No está en casa mi señora
doña Inés.

GUTIERRE: Pues ¿dónde está?

MARQUÉS: Otro día lo estará.

GUTIERRE: (Sospechoso quedo agora.)

Aparte

PAJE: Don Gonzalo; un caballero...

GUTIERRE: ¿Es mi primo?

MARQUÉS: Espera un poco.

PAJE: ...quiere hablarte.

MARQUÉS: No te alteres.

GUTIERRE: Quedaron entre nosotros
disgustos no averiguados;
que impedimentos forzosos,
cuando salimos los tres,
el poder hablarnos solos
estorbaron.

MARQUÉS: Es así;
pero no es razón tampoco
que os encontréis en mi casa.

GUTIERRE: Ya al respeto me acomodo
que la debo.

MARQUÉS: Por aquí
te ve, pues con esto sólo
se excusa el inconveniente
de veros.

GUTIERRE: Y yo le abono,
pues siempre el obedecerte
será en mí lance forzoso.

INÉS: (¡Qué satisfecho me mira!)

GUTIERRE: (Tras mí se la van los ojos.)

Aparte

Aparte

Vase don GUISTERRE

INÉS: ¿Qué es esto, hermano?
MARQUÉS: Después
 lo sabrás; vete.
INÉS: ¿En qué locos
 devaneos me has metido?
MARQUÉS: Daréte parte de todos;
 vete agora.
INÉS: Adiós.
MARQUÉS: Adiós.
INÉS: (Enredos son amorosos.) **Aparte**

Vase doña INÉS. Sale don GONZALO

GONZALO: Señor marqués, ¿has sabido
 quién soy yo?
MARQUÉS: Ya te conozco
 por principal caballero.
GONZALO: Tan honrado como todos
 cuantos al ceñir la espada
 ponen la boca en el pomo.
MARQUÉS: Yo lo creo.
GONZALO: Pues agora
 sígueme, y podremos solos,
 apurando las verdades,
 desvanecer los antojos.
MARQUÉS: Que aquí las averigüemos
 por más útil reconozco;
 porque si al campo salimos
 con públicos alborotos,
 siendo yo el desafiado,
 volvería vergonzoso
 no sacando las espadas,
 aunque sin causa, en mi abono;
 y pesárame infinito,
 aunque no por temeroso,
 porque honestos pensamientos
 amorosamente pongo
 en mujer que es sangre tuya.

Lugar es secreto y solo
éste; declárame aquí
lo que te tiene quejoso;
y si conformes verdades
tú preguntas, yo respondo,
no quedando rastro alguno
de obligaciones ni enojos,
podremos quedar los dos,
y si no, en el campo solos,
con la ventura del uno
verán la muerte del otro.

GONZALO: Dices muy bien; y así, digo
que descompuesto y furioso,
a la casa de mi tío
hoy le perdiste el decoro
y el respeto a una mujer
que es mi prima, y a mí y todo,
diciendo, presente yo,
arrogancias que me corro
de referirlas.

MARQUÉS:

Escucha:

¿disparates de un celoso
tienes por culpas, amigo,
teniendo disculpa un loco?
¿A un amante se la niegas,
con celos lebreles rabiosos,
tigre fiero, áspid pisado,
león pardo, bravo toro,
monte que levanta ofensas,
mina que revienta enojos,
volcán que fuego vomita,
centro que exhala demonios?
Si en tu prima, que es mi cielo
--cuyos amores adoro--
honrados servicios premio
y honestos favores gozo,
cuando la vi en casa tuya,
¿fue mucho, atrevido y pronto
morder la razón el freno
y dar la rienda al enojo?

Y si tras aquel suceso,
con estilo milagroso,
me envió disculpas tuyas,
tan del alma, que las lloro,
en su ofensa arrepentido,
¿será mucho si conformo
tu voluntad con la mía,
y me sujeto y me postro
a ti, por ser primo suyo,
aunque sin razón quejoso,
pudiendo estarlo de ti,
cuya mudanza fue asombro,
pues ya de doña Mencía
siendo prometido esposo,
cuando, en esta confianza,
aquella luz de estos ojos
te señaló para suyo,
suponiendo que piadoso
no la admitieras, y así
dejara a su padre en todo
satisfecho, y no ofendido,
tú, inconstante y engañoso,
lo admitiste acelerado,
dejando a un ángel hermoso
el peso de esta desdicha
en el alma y en los hombros?

GONZALO:

Jamás en mi pecho engaño
hubo, Marqués; oye, pongo
todo el cielo por testigo
verdadero y poderoso.
Yo adoro a doña Mencía,
como las parras al olmo,
como los indios al sol
y los avaros al oro;
mas díjome don Gutierre,
que de necio pasa a loco,
que tú casabas con ella,
y él con tu hermana, y yo formo
de esto con razón agravios,
y a vengarlos me dispongo,

tomando en doña Brianda
un sí que fuera dichoso
a no haber en cuatro amantes
tan conocidos estorbos.

MARQUÉS: Vio a mi hermana don Gutierre,
que con ojos amorosos
debió mirarle al descuido,
y estos efectos y otros
fundarían en su idea
disparates tan costosos.

GONZALO: Presto los he conocido.

MARQUÉS: Cuando no, el suceso propio
pudiera desengañarte;
con razón amigos somos.

GONZALO: Y por tu gusto y por mí,
que a mis pensamientos torno,
de no ofender tus intentos
doy palabra.

MARQUÉS: Y yo la tomo.

GONZALO: Procurando con mi tío
que no me sirva de estorbo
la palabra que le di.

MARQUÉS: Comuniquemos el cómo
con los nortes que nos guían.

GONZALO: Vamos presto; que es forzoso
correr eso por mi cuenta.

MARQUÉS: Y por la del cielo y todo.
¡Ay, Brianda de mi vida!

GONZALO: ¡Ay, Mencía de mis ojos!

***Vanse y salen doña BRIANDA y doña
MENCÍA***

MENCÍA: Yo quedo bien satisfecha
de lo que estuve quejosa.

BRIANDA: Y yo muero temerosa,
con pesar y con sospecha
de lo que habrá sucedido
cuando salieron de aquí,
porque a todos tres los vi

del uno el otro ofendido.

MENCÍA: Descuido notable fuera
ver daño en cualquiera; ¡ay, Dios!,
descuido fue de las dos
no enviar quien los siguiera.

BRIANDA: Lucía se puso el manto
y fue a decirle al marqués
disculpas mías.

MENCÍA: ¿Y pues?

BRIANDA: De lo que tarda me espanto.
¡Qué de males, prima mía,
causa el loco devaneo
de tu hermano!

MENCÍA: Ya lo veo;
pero ¿en qué lo fundaría?

BRIANDA: En su ciega inclinación
de estrella tan peregrina,
que lo mismo a que le inclina,
da por hecho en su opinión.

MENCÍA: ¡Qué de pesares nos dan
sus confusiones y engaños!

BRIANDA: ¡Que a costa de nuestro
daños en terrible punto están!

MENCÍA: Pues hasta aquí sus extremos
bien se pudieran sufrir;
en lo que está por venir
los temo.

BRIANDA: ¡Ay, prima!, ¿qué haremos?

MENCÍA: Ya tengo determinado
de hablar claro con mi tío,
y de don Gonzalo y mío
contarle el amor pasado,
y dando fuerza al valor,
entre el llanto y las razones,
diré sus obligaciones,
que se atreven a mi honor;
que siendo tan justo y sabio,
si mis desventuras ve,

¿cómo es posible que dé
libre camino a mi agravio?

BRIANDA: Yo, aunque pierda el respeto,
no verá humana esperanza,
en mi firmeza mudanza,
ni en su voluntad efeto;
primero seré arrojada,
tras el rigor de mi estrella,
de esta casa, y cuando en ella
viese la puerta cerrada,
por las ventanas saldría
volando, que no son malas
de mi corazón las alas
para darle al alma mía;
y cuando no fuese así,
sus paredes ofendidas,
de mi llanto enternecidas,
derribaré sobre mí.

MENCÍA: Basta, mi prima; no llores.
Buscaremos otros medios;
que no sirven de remedios
los llantos ni los temores;
y pues tan conformes son
tu propósito y el mío,
ya para hablar con mi tío
voy a esperar ocasión;
y no desconfíes, no,
de que ha de ser tu consuelo.

Vase doña MENCÍA

BRIANDA: Ve, prima, y détele el cielo,
como te lo diera yo.
Viendo en mi amorosa llama
tan constantes pareceres,
¿quién no alaba las mujeres?
¿Quién las mujeres infama?
Con pasión debe entenderlo
el que que no sabe entender
que es un monte una mujer

si se determina a serlo.

Sale LUCÍA con manto

LUCÍA: Cansada vengo.
BRIANDA: ¿Qué has hecho,
Lucía, que te has tardado?
LUCÍA: Hablé al marqués, y ha quedado
de tu valor satisfecho,
y hasta dejarle en su casa
no le dejé de los ojos.
BRIANDA: ¿Hubo ocasiones de enojos?
LUCÍA: Oye, y sabrás lo que pasa.

Salen don GUTIERRE y TADEO

GUTIERRE: Algo sospechoso quedo,
con venir desengañado.
TADEO: (Ésta es Lucía, yo he dado
al través con el enredo.) **Aparte**

Pónesele la capa delante

GUTIERRE: Quita, ¿qué haces?
TADEO: ¿Señor?
LUCÍA: Don Gutierre; ¡ay cielo santo!
¿Qué haremos?
BRIANDA: Cúbrete el manto.
No te vayas; que es peor.
GUTIERRE: ¿Por qué la capa me pones
delante? Quita, ¿estás loco?
TADEO: (Si me escapo, no haré poco,
Aparte
de palos o mojicones.)
GUTIERRE: ¿Señora?
TADEO: (Ayúdeme Dios.) **Aparte**
BRIANDA: Bien hace en hacerlo así,
pues quizá, viéndome a mí,
tiene vergüenza por vos.
GUTIERRE: (Como se ve despreciada, **Aparte**

está ofendida. Y ¿de qué
la he de tener? No lo sé.)
¡Pero señora embozada,
esperad!

Va a descubrirla

BRIANDA: Estáis extraño;
¡qué cortesía tan poca
es la vuestra!

GUTIERRE: Éste me toca
para cierto desengaño.
Perdonadme.

BRIANDA: Estad, por Dios.

TADEO: ¡Qué mal conocéis su antojo!
Si le miran con un ojo,
hasta descubrir los dos,
es imposible parar,
o morir en la demanda.

LUCÍA: (Pues tan importuno anda **Aparte**
otra vez lo he de engañar.)

Descúbrese el manto

TADEO: (¡Perdido soy!) **Aparte**

GUTIERRE: ¡Cielo Santo!
De confuso pierdo el seso.

BRIANDA: (Gustara de tal suceso, **Aparte**
si no me costara tanto.)

LUCÍA: Con causa estáis suspendido,
pues por la vuestra, señor,
ha llegado a estos extremos
mi honesta reputación,
medrosa y mal informada
de lo que pasastes hoy,
porque desnudos aceros
mudos pregoneros son.
Oyendo que procedía
vuestra indecisa cuestión

por causa de una mujer,
imaginé que era yo,
con razón, por haber visto
el marqués para con vos
en el alma y en mis ojos
tan grande demostración,
y sabiendo que venía
con enojo y con rigor
a mi presencia, temí
su indomable condición;
no por guardar esta vida,
que es vuestra, mas porque no
aventuréis el perderos,
que es la desdicha mayor.
De una criada tomé
este vestido mejor,
para no ser conocida
de la gente que me vio;
volando por esas calles,
hasta llegar donde estoy,
a los pies de vuestra prima,
que es mi propio corazón.
Cuando entrastes, esperaba
más soledad y ocasión
de tener menos vergüenza;
pero ya que me obligó
el darme vos tanta prisa,
me descubrí, porque doy,
segura, tan buen lugar
a Tadeo en mi opinión,
que ha de quedar con los tres
el secreto de los dos.
Amparadme, pues que tiene
tanta disculpa mi amor,
en vos tan bien empleado,
como gentil hombre sois.
GUTIERRE: No podrán, señora mía,
acompañando mi voz,
ni la tierra con sus plantas,
ni con sus rayos el sol,

ni el cielo con sus estrellas,
aunque el Supremo Hacedor
a todos les diera lenguas,
como les da admiración,
publicar mis alegrías,
y encarecer la razón
por quien, puesto a vuestros pies,
mil veces dichoso soy.
Cuando hallé que en vuestra casa
faltábades, ya me dio
mil pronósticos el alma,
entre regalo y temor.
Mi prima y amiga vuestra,
pues a su cargo tomó
el serviros y ampararos,
podrá hacerlo mientras voy
a dar cuenta de estas glorias
a mi tío; que pues son
tan honradas, que por mí
empleará su valor.

BRIANDA: Esperad.

GUTIERRE: Cosas tan grandes
no consienten dilación.

Vase don GUTIERRE

TADEO: Loco está. ¡Jesús mil veces!

BRIANDA: Y confusa quedo yo.

TADEO: ¿Trazarán muchos demonios
tan temeraria invención?
Vislumbre de rayo ha sido,
que en un punto nos dejó
atónitos y confusos.

BRIANDA: Diráale cuánto pasó
a mi padre; ¿en qué me pones?

LUCÍA: Salí de mi obligación
con sacaros de este aprieto;
lo demás hágalo Dios.

BRIANDA: Probaré si cueradamente
con nueva imaginación

suspenderé su esperanza.

Vase doña BRIANDA

LUCÍA: Locura, dirás mejor.

TADEO: ¡En grande peligro estamos
Lucía!

LUCÍA: Pues di, ¿qué haremos,
Tadeo?

TADEO: Pereceremos,
Lucía, si no picamos;
mi amo me ha de moler,
si nuestros embustes sabe.

LUCÍA: No dudo yo que me acabe
mi viejo; mas ¡soy mujer!
¿Adónde iré, siendo tal?

TADEO: Donde yo vaya también;
que a fe que te quiero bien.

LUCÍA: Y yo no te quiero mal;
mas, ¿dónde me llevarás?

TADEO: Donde nos guíe una estrella.

LUCÍA: Advierte que soy doncella.

TADEO: Pero en el nombre no más.

LUCÍA: Bueno es eso; en ocasión
que convenga a mi entereza
yo probaré mi limpieza
con bastante información.

TADEO: ¿Y, ¿será para tomar,
pasada la pesadumbre,
el hábito o la costumbre
tan fácil de profesar?

LUCÍA: ¿Eso dices?

TADEO: Eso digo,
porque poco satisface,
y una prueba que se hace
con sólo un falso testigo.

LUCÍA: Honrada soy.

TADEO: ¿Puede ser
aquí dos veces criada?

LUCÍA: Donde quiera, si es honrada,
sabe serlo una mujer.

TADEO: Luego, ¿podrás serlo mía?

LUCÍA: Si puedo; y placiendo a Dios,
santos seremos los dos
que caeremos en un día.

Sale don GUTIERRE a la puerta

GUTIERRE: Mientras mi tío ocupado.

TADEO: Yo soy tuyo.

LUCÍA: Yo soy tuya.

Abrázanse TADEO y LUCÍA

GUTIERRE: ¿Qué habrá que no me destruya?

TADEO: Vamos.

Vanse TADEO y LUCÍA

GUTIERRE: ¡Sin alma he quedado!

¿Qué he visto? ¡Ay cielo! ¡Extrañas
confusiones!

¿Son cosas sucedidas, o soñadas?
¿Cuerpos vivos? ¿Fantásticas visiones,
burlas dudosas, veras apuradas,
seguros daños, vanas ilusiones
ya en mi locura por mí mal fundadas?
¿Soy yo, yo, en mi ciega fantasía?
¿Son las tinieblas luz? ¿La noche es día?
Mas, ¿por qué, deslumbrado y temeroso,
lo que vieron mis ojos pongo en duda?
No es dudosa la luz del sol hermoso,
ni se escurece la verdad desnuda.
Con gusto tan villano, y vergonzoso;
mujer es quien me afrenta y quien se muda.
¡Y yo en tan grande injuria, es lo más

cierto

que por ser desdichado no estoy muerto!

¿Quién vio en una mujer un apetito
tan vilmente a sus ojos empleado?
¿Quién le ha visto soñado? ¿Quién escrito?
¿Y quién pudiera verle imaginado?
¿Hará por mí la fama su delito
público al mundo en tiempo limitado,
para que no olvide con infausto lloro
las dos que amaron el Caballo y Toro?

¡Cielo! ¡En una mujer tan vil despojo!
Cuando prendada de mi amor venía,
¿qué demonio infernal la dio el consejo?
¿Hombre tan bajo en competencia mía?
¿Si me engañó la luna del espejo?
¿Fue imposible engañarse cada día
tantos espejos vivos? ¿Tantos ojos
que me rindieron almas por despojos?

¿No tuvieron por mí amantes desvelos
viudas, libres, casadas y doncellas?
Cielos, pues que miráis mis desconsuelos,
responded, respondedme a mis querellas.
¿Para mirarme a mí no vistas, cielos,
lucir a mediodía las estrellas,
y darles su lugar el sol hermoso,
no sé si comedido o vergonzoso?

Pues, ¿cómo una mujer, otra Lucrecia,
al parecer, en casta y bien nacida,
cuando tan bien mis partes mide y precia,
que se arroja tras mí ciega y perdida,
con un lacayo así lasciva y necia,
mi amor ofende y de quien es se olvida?
¿Si todo fue ficción? Mas, cielo santo,
¿cómo es posible que me engañe tanto?

¡Ah falsas! ¡Ah enemigas regaladas!
¡Ah, mujeres! ¿A mí tales enojos,
a quien siempre adoró vuestras pisadas?
¿A este pacto común de vuestros ojos,
todas en una con razón culpadas,
en vez de amantes célicos despojos,
esto le dais por tálamo en sus bodas?
¡Fuego, fuego crúel abrase a todas!

Loco estoy, ciego estuve. ¡Ay cielo mío!
¿En qué vino a parar mi confianza?
¿Y dónde parará midesvarío
si no doy al agravio mi venganza?
Pues mi propio valor me infunde brío
para la ejecución de esta esperanza,
¡vive Dios que han de ver, pues peno y
rabio,
primero mi venganza que mi agravio!

Sale TADEO, y don GUTIERRE saca la daga y cierra con él

TADEO: La noche oscura espero solamente
para picar de casa con Lucía.
GUTIERRE: ¡Infame, vil!
TADEO: Señor, espera, tente.
GUTIERRE: ¿Tú a doña Inés, traidor? ¿Tú a cosa mía
te atreves?
TADEO: (Él nos vio; que habrá que cuente
Aparte
para...)
GUTIERRE: Acaba, ¿no dices?
TADEO: Sí, diría.
Sí, ¿Qué diré? Mas tu rigor me amaga,
y me vas a la lengua con la daga.
Sosiégate, oh cautela bien venida,
para volver en mí con pies de plomo
vea la daga yo queda y vestida,
y tú verás en mi verdad, el cómo
me matas sin razón.
GUTIERRE: Ya te doy vida
por un rato no más.
TADEO: Y yo la tomo,
como prestada de tu hidalgo pecho,
hasta dejarte en todo satisfecho.
Por aquellos resquicios una dueña
vio a doña Inés cuando conmigo hablaba,
de quien tuvo sospecha no pequeña;
que si la conocía la obligaba.

Hízome con los ojos una seña,
y viéndola que entonces acechaba,
quisimos dar con nuevo fingimiento
el disfraz del vestido al pensamiento.

Y así, para que oyera, y se engañara,
que era cosa tan mía, que mi esposa
la llamaba, lo hice, y cosa es clara
que una mujer tan principal y hermosa,
aunque fuera mi amante, no tratara
de ser esposa mía; y justa cosa
será que mi verdad de esto se arguya,
y más viniendo muerta a serlo tuya.

GUTIERRE: Tienes razón, por Dios; ciego y turbado
me pude persuadir un imposible.

TADEO: (¡Con qué facilidad le persuádo!) **Aparte**

GUTIERRE: ¡Que aún crédito no diera a lo visible,
si viera la grandeza de su estado!
Perdóname, Tadeo.

TADEO: Eres terrible;
cuando yo por servirte, si me toca,
voy vomitando el alma por la boca.

GUTIERRE: Vete; que viene mi tío.

TADEO: No me hables de esto; el por qué
sabrás después.

GUTIERRE: No podré
ser dueño de mi albedrío.

TADEO: (De buena escapé; y si llego **Aparte**
a ver fenecido el día,
procuraré con Lucía
tomar las de Villadiego.)

Vase TADEO. Sale don PEDRO

PEDRO: Don Gonzálo me dirá
de todo cuanto pasó
cuál fue la causa, aunque yo
pienso que la alcanzo ya.

GUTIERRE: Del no haberte obedecido
escucha disculpas mías,

señor, y en mis alegrías
mira un sol recién nacido.

Ya la hermana del marqués,
esta mujer milagrosa,
es mi esposa.

PEDRO: ¿Vuestra esposa?

GUTIERRE: Y luz de mis ojos es.

PEDRO: ¿Cómo, con tal brevedad?

GUTIERRE: Dicha fue mía, señor,
y es como rayo el amor,
que abrasa la voluntad;
apenas recién venido,
tales, por mis dichas, son
mis partes, que mi opinión
pudo llegar a su oído.

Quiso verme, y sabedor
de esta dicha, vi a su hermano,
que, como gran cortesano,
me hizo tan gran favor,
que me dio luego lugar
de que la viera y hablara,
dando ocasión en su cara
para morir y matar.

Quedó prendada de mí,
y obró tanto su cuidado,
que con paso acelerado
vino a buscarme.

PEDRO: ¿Aquí?

GUTIERRE: Aquí, donde espero tu favor,
pues tan poderoso es
contra el poder del marqués,
que en efecto es gran señor.

PEDRO: Sobrino, estáisme contando
cosas, que por Dios, que entiendo
que yo las oigo durmiendo,
o vos las soñáis velando.

GUTIERRE: Aunque este bien por extraño
parece incierto, yo soy
tan dichoso, que te doy
a la vista el desengaño.

Ven, y a doña Inés verás
que mi prima con cuidado,
en su pecho y a su lado
la guarda.

PEDRO: No digas más;
 ¿que en efecto no es locura?

GUTIERRE: No es sino dicha.

PEDRO: ¿Eso pasa?
Todo el honor de esta casa
habéis puesto en aventura;
 bien por Dios, buena querella
defendemos.

GUTIERRE: ¿No lo es?

PEDRO: Favoréceos el marqués
en su casa, y vos en ella,
 con amistad más traidora,
que os ciega vuestra pasión,
le habéis pagado; así son
las amistades de agora,
 entrar amigablemente
en casa el mayor amigo
con entrañas de enemigo,
o el más cercano pariente,
 y luego en ella poner
los ojos con fe liviana,
cuando menos en la hermana,
en la hija o la mujer.
 Y el que sale satisfecho
de su amoroso interés,
publicándolo después,
se precia de haberlo hecho,
 y con necia bizarría,
hace, y con vil corazón
de la villana traición
pomposa caballería,
 sin mirar que la vileza
dislustra la calidad,
porque la fidelidad
es el sol de la nobleza.

GUTIERRE: Señor, si las intenciones

tratos maridables son,
si es engaño, no es traición.
PEDRO: Los engaños son traiciones;
fíase el otro de vos,
y el casaros sin su gusto
con su hermana, ¿será justo,
siendo engaño? Bien, por Dios;
hacer falsas amistades,
¿es cosa de caballeros?
Bien lucirán los aceros,
si escurecen las verdades.
¿Por ventura el engañar
un caballero vilmente
es cosa perteneciente
al oficio militar?
¿A qué famosa jornada
sirviendo a su rey se aplica?
¡Qué diestro trazar de pica!
¡Qué bravo blandir de espada!

GUTIERRE: ¡Señor!

PEDRO: Callad, y tened
vergüenza de un pensamiento
tan bajo, y en mi aposento
os retirad, y esconded
mientras yo pensando estoy
contra este daño algún modo
de proceder.

GUTIERRE: Si no en todo,
en parte corrido estoy.

Vase don GUTIERRE

PEDRO: ¡Oh edad dichosa, en quien de la
esperanza
jamás se vio a la fe opuesta la duda,
porque era entonces la verdad desnuda
espejo de la humana confianza!
¡Ni cuándo en la amistad hubo mudanza,
dejó la competencia puesta en duda,
ni tuvo el tiempo la paciencia muda,

mientras clamó el agravio a la venganza!
Ya agora el más repúblico y más grave
de lisonjas y engaños se previene,
para pagar las honras que recibe;
habla de ciencias el que no las sabe,
blasona de valor quien no le tiene,
y honras sustenta quien de afrentas vive.

Sale doña MENCÍA

MENCÍA: A tus pies vengo afligida,
tío, señor, aunque padre,
pues en las obras lo eres,
es más justo que te llame.
Impídeme la vergüenza.
¿Si nos oyen? A esta parte
escucha mis desventuras,
perdona mis libertades.
Don Gonzálo y yo, señor,
como en casa de su madre
nos criamos igualmente,
y en tal iguales edades,
fueron tan unos los gustos,
siendo tan una la sangre.
Tiernamente nos quisimos
con entrañas semejantes,
y crecieron con los años
obligaciones tan grandes,
que pasaron nuestro amor
a extremos tan importantes,
que pueden, señor, agora
suspenderme y obligarme
a que afligida los sienta,
y vergonzosa los calle.
Dióme palabra de esposo,
y niégamela, por darte
gusto a tí, que le has mandado
que con tu hija se case.
Señor, si es tu sangre mía,
mira mejor lo que haces,

pues también mi honor es tuyo,
y en tu nombre perderáse,
si yo quedase perdida.
Mi justicia Dios lo sabe,
y a don Gonzalo, que viene,
le pregunta estas verdades.
PEDRO: ¿Quién vio tales confusiones?
Pienso que serán bastantes
para acabarme una vida
ya tan cerca de acabarse.
Oíd, sobrino.

Sale don GONZALO

GONZALO: Señor.
PEDRO: ¿Miráis entre los cristales
de estas lágrimas que veis
alguna cosa importante
a nuestro honor? Hablad claro
pues ellas tan claras salen.
GONZALO: Ni yo desmentiros puedo,
ni es justo, señor, negarte
lo que le debo a mi prima;
mil créditos puedes darle.
PEDRO: Y el no decírmelo a mí,
¿no habrá sido disparate?
¿Para qué le hiciera yo
deslumbrando de ignorante?

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: Solo, señor, con un hombre
de tu experiencia y tus partes
pudieran usar las mías
de llaneza semejante,
y a tu valor y a tus pies
atreverme, y humillarme,
dando el alma a los deseos
y la boca a las verdades.
Óyeme piadosamente,

sin ofenderte y turbarte;
que los yerros amorosos,
si no afrentan, aunque maten,
quien los siente los perdona,
pues los dora quien los hace.
Yo, señor, desde aquel día
tan dichosamente amable,
pues que pudo hacerle cielo
en esta tierra aquel Ángel,
hija tuya y dueño mío,
y honor de las tres edades,
ha que adoro su hermosura,
a la del sol semejante.
Vila, vióme, y fue de suerte,
que pienso que en un instante
a recebirse en los ojos
salieron las voluntades.
Creció nuestro amor por puntos,
imira en dos años cabales,
y en dos tiernos corazones,
si habrá llegado a ser grande!
Y considera después,
más advertido, y más padre,
si es cosa, señor, que pueda
compadecerse y llevarse;
que tu hija, siendo mía,
ponga el gusto en otro amante,
en otra mano la palma,
y la dicha en otra parte.
A mí me le da, señor,
pues podré a tus nietos darles,
para crecer, tu valor,
lustre antigua y limpia sangre;
y mi hacienda y mis estados
ya es conocida, ya saben
su estimación y grandeza
del mundo en las cuatro partes.
Y si en los inconvenientes
que en otra ocasión topaste
reparas agora, yo

te ofrezco, porque se allanen,
de que en mi segundo hijo
será mayorazgo aparte,
el de tu estado y tu hacienda,
por quien podrá tu linaje
en tu nombre y en tu tierra
preferirse y dilatarse.
Y si Dios fuere servido
en doña Brianda darme
un hijo no más, que sólo
nuestras casas heredase.
Ese pondrá tu apellido,
aunque es la mía más grande,
señor, en primer lugar.
Y si te fuese importante
que yo mude el nombre mío,
blasones y calidades,
el gusto, el alma, y el ser
por servirte y contentarte,
si es posible, lo haré yo;
pero en cambio de esto, dame
a tu hija, que es mi gloria,
o entre mis penas mortales
me verás muerto a tus pies,
que por ello he de besarte.

PEDRO: Señor marqués, ya es correrme
tal género de obligarme.
(En punto están estas cosas,

Aparte

que me obligan a que allane
por este camino solo
las demás dificultades.)
Señor, no estoy tan caduco,
que no entienda que es honrarme
el emparentar conmigo
personas tan principales;
si lo excusé, ya la causa
sabréis, mas agora haráse
pues esos inconvenientes
gustáis los dos que se allanen.

Pero, con vuestra licencia,
quiero suplicaros antes,
perdonéis a don Gutierre
un atrevido dislate,
pues los yerros amorosos
ya vos los calificastes
por tan dignos de perdón.
MARQUÉS: Para todo seréis parte,
pues yo soy del todo vuestro.
PEDRO: ¿Sobrino?

Sale don GUTIERRE

GUTIERRE: ¿Señor?
PEDRO: Besadle
la mano al marqués.
GUTIERRE: La boca
pondré a sus pies.
MARQUÉS: Abrazadme.
(¿Qué puede haber sucedido?)

Aparte

GONZALO: ¿Qué es aquello?
MENCÍA: Ellos lo saben.
PEDRO: Y vos decidle a Brianda
que salga, y consigo saque
mi señora doña Inés.
GUTIERRE: Donde su nieve me abrase.
GONZALO: Ya mi prima viene allí.

***Sale doña BRIANDA y uno de los CRIADOS que
salieron al principio con don PEDRO, que traen a TADEO y
LUCÍA,
vestidos de camino ridículamente***

CRIADO: Con estos dos que escaparse
quisieron con tanto miedo,
que a traerlos me obligase.
LUCÍA: Perdidos somos, Tadeo,
alegraremos las calles.
TADEO: Ya me parece que escucho,

"Quien tal hace, que tal pague."
GUTIERRE: No hay que recelar, señora;
llegad, llegad, que ya sabe
vuestro hermano que sois mía.
PEDRO: Sobrino, ¿es burla, es donaire
de los vuestros?
GUTIERRE: No, señor.
Mi señora,
PEDRO: Andad, dejadme;
ridículas son, por Dios,
vuestras cosas, ¡qué os engañen
de esa suerte! ¿No sabéis
que ésa que tenéis delante
es Lucigüela...
LUCÍA: ¡Ay de mí!
PEDRO: ...mi criada?
GUTIERRE: (¡Duro trance! **Aparte**
Rabiando estoy, de corrido;
mas, para después vengarme,
disimular quiero agora.)
TADEO: (Él me mira; mataráme.) **Aparte**
MARQUÉS: (Apenas tengo la risa.) **Aparte**
BRIANDA: (Enojado está mi padre.)
Aparte
MENCÍA: (Sentirá los desvaríos **Aparte**
de mi hermano.)
GONZALO: Dan pesares.
MARQUÉS: La que allí viene es mi hermana,
a quien, para que llegase
a tiempo, previne yo.

Sale doña INÉS y toda la compañía

PEDRO: Como ser bien, no llega tarde.
BRIANDA: Seas mil veces bien venida.
INÉS: Mis señoras, perdonadme
el no hacer esto agora.
TADEO: Lucía, ¿si se olvidasen
de nosotros?
LUCÍA: Plegue a Dios.

INÉS: (Ya se dispone a mirarme.) **Aparte**
GUTIERRE: (Pues me mira, cosa es cierta **Aparte**
será de mí enamorarse,
y comenzarán las veras
porque las burlas se acaben.)
PEDRO: Marqués, porque estos sucesos
en dichosos FINÉS paren,
don Gonzalo con su prima
a su tiempo casaráse.
GONZALO: ¿Vendrá la dispensación?
MENCIA: No menos que por los aires.
PEDRO: Y vos honrad esta casa;
a doña Brianda dadle
la mano y la fe de esposo.
MARQUÉS: Suma gloria.
BRIANDA: Dicha grande.
LUCÍA: Y tú y yo, ¿no nos casamos?
TADEO: Ya lo estamos; toca, baste.
PEDRO: Don Gutierre, pues tan ciego,
tan desvanecido y fácil,
de sí mismo se enamora,
con su parecer se case.
GUTIERRE: No seré menos dichoso
por ello y con no casarme.
Del Narciso en su opinión
aquí la comedia acabe.

FIN DE LA COMEDIA

Texto electrónico por [Vern G. Williamsen](#) y [J T Abraham](#)
Formateo adicional por Matthew D. Stroud

Actualización más reciente: 26 Jun 2002